



ELOGIO DE LA LOCURA Y MENOSPRECIO DE LA NECEDAD (NECEDAD Y LOCURA EN DON VENTURA F. LÓPEZ)

Jesús Cobo

Hay personajes de minúscula significación histórica que tienen, sin embargo, importancia y valor como sujetos mitológicos, porque, de alguna forma, su recuerdo perdura, agrandado y deformado por unas circunstancias que trascienden el puro devenir. En esa situación *histórica* se halla la figura, por tantos motivos curiosa, de Ventura F. López, *el cura loco*, que representó en su tiempo un contrapunto dramático (o un patético punto de fuga) en una sociedad, como la toledana, a la vez rutinaria y acostumbrada a la mitología. En Toledo, todos lo conocían. En todos los niveles sociales tuvo amigos y enemigos; todos se burlaron de él y a todos consiguió irritar. Como la anguila: nadie —salvo su propia enfermedad— fue capaz de agarrarlo. Una libertad indómita e irreprimibles anhelos de notoriedad: mala mezcla.

Solamente como episodio mitológico tiene sentido y valor un estudio biográfico de Ventura F. López. Lo hemos abordado con respeto y cautela, tras muchos años de indecisa ilusión, sin acabar de tener clara su oportunidad y, mucho menos, su necesidad. En último extremo, nos ha movido el deseo de rastrear en la memoria colectiva componentes irracionales, que, pese a su frecuente vigor, son generalmente desdeñados por la historiografía. Al final, llenos de simpatía por un personaje rigurosamente antipático, creemos haber hecho una modesta contribución al estudio del rico repertorio mitológico que la historia de la ciudad de Toledo arrastra. Sólo en ese terreno, la figura doliente y desgarrada del *cura loco* alcanza una grandeza legendaria.

La única biografía conocida de Ventura F. López se debe a él mismo (o, cuanto menos, fue elaborada sobre los datos que él mismo proporcionó); forma parte del largo epígrafe FERNÁNDEZ en el tomo XXIII de la *Enciclopedia Universal* de Espasa-Calpe¹. Aunque breve, esta reseña biográfica registra los acontecimientos fun-

damentales de su formación y ofrece un buen esquema de su producción literaria; algo especialmente útil, pues las cortísimas tiradas de casi todos sus folletos y libros hacen las obras de Ventura F. López muy difíciles de hallar². A partir de ese cañamazo enciclopédico, bastante apelmazado y escueto pero imprescindible, hemos ido tejiendo un ensayo de biografía crítica que incida en lo posible en los variados aspectos de la compleja personalidad de Fernández López, con el deseo constante de ir desvelando sus símbolos y resolviendo sus claves³. Sin embargo, no hemos querido entrar de lleno en algunas cuestiones, como las puramente eclesiásticas, para las que nos faltan inclinación y competencia. Hay, así, documentación que no hemos, conscientemente, utilizado; hay otra, desconocida, que irá sin duda aflorando poco a poco. El estudio de este complejo personaje no está, pues, ni mucho menos, agotado. Y con lo que se nos queda sin decir rebasaríamos, con mucho, los límites que nos parecen razonables para un artículo de revista.

1. DONDE EL PROTAGONISTA INICIA SUS AVENTURAS

Nació don Ventura el 14 de julio de 1866, en un pueblecito de la provincia de Santander, Bárcena de Pie de Concha⁴, del partido judicial de Torrelavega. “Comenzó a estudiar a los diez años, en los escolapios de San Fernando de Madrid, y sin concluir el grado de bachiller trasladóse a Ocaña, en cuyo colegio de dominicos ingresó en 1881; y había ya profesado de votos simples cuando por motivos de salud abandonó el mencionado colegio, donde había cursado con aprovechamiento, entre otras materias, filosofía y matemáticas.”⁵ El abandono del colegio debió de ocurrir hacia 1886, motivado tal vez por sus incipientes desarreglos nerviosos. El conflicto social, debido a su inadaptación y a su orgullosa intemperancia, ya se había manifestado en esos años

< Ventura F. López en el otoño de 1936

Casa que habitó don Ventura en la plaza de las Capuchinas núm. 10



*Ya me insultan, y me callo;
Me acriminan, no respondo
No he pensado aún... ¡y ya estoy
A juicio de todos, loco!*⁶

Tras su salida del colegio de Ocaña, colaboró modestamente en algunos periódicos de Madrid, como *La patria*⁷, y publicó algunas poesías en la revista *El correo de la moda*. En septiembre de 1887 hizo imprimir una colección de 31 composiciones poéticas a la que tituló *Libro para la cartera*⁸. La mayor parte de ellas reflejaban ensoñaciones idealistas de amores desorientados. El libro carece de interés literario; es ramplón y adocenado, y no logra nunca elevar su pedestre tono poético. La versificación, en ocasiones, resulta correcta, pero es siempre pobre y ruda, atestada de vulgarismos y de rípios. Aun teniendo en cuenta la juventud del escritor, sorprenden la endeblez de su estructura cultural, lo torpe de sus sentimientos y la escasa originalidad de sus reflexiones. Caracteres que no maduraron después.

En 1889 consiguió “un modesto destino” en Manila, donde pudo desarrollar su afición al periodismo, colaborando con asiduidad en *La voz de España*. Retomó allí sus estudios eclesiásticos, estudiando teología en la universidad de Santo Tomás, dirigida por los dominicos. En 1893 quedó cesante en su empleo, “por falta de influencia, y regresó a la metrópoli, donde se ordenó de sacerdote y dijo su primera misa en Enero de 1894.”⁹ En el caldeado ambiente del periodismo madrileño, se

relacionó con un sector dedicado a defender la presencia española en Filipinas. Fue entonces cuando hizo amistad con uno de los más animosos representantes de esa actitud, el político y periodista Wenceslao E. Retana y Gamboa, que dirigía la revista quincenal *La política de España en Filipinas*, en la que don Ventura publicó numerosos artículos; el mismo Retana era editor de una *Biblioteca filipina*, a la que Ventura F. López contribuyó con algunos folletos y opúsculos¹⁰. El primero de ellos, una desenfadada novelita de ambiente filipino, *El filibustero*, que había ido apareciendo como folletón en la revista y se publicó después en volumen¹¹. Intentaba desarrollar en ella una intriga amorosa protagonizada por el joven filipino Aristóteles Syankow, estudiante de Derecho, en un ambiente colonial de residentes, frailes y tagalos. Dedicó la obra a Fernando Weyler de Santacana, en “testimonio de sincera amistad”. En un apéndice, Retana ofreció un pequeño glosario de palabras dialectales utilizadas en la novela.

En 1894 se editó el librito *La religión de los antiguos indios tagalos*¹², cuando su autor era ya párroco de Fontanar, pueblo de la provincia de Guadalajara, perteneciente entonces a la archidiócesis de Toledo. Fechó allí, el 8 de septiembre, la dedicatoria de la obra, dirigida al famoso y controvertido cardenal fray Bernardino Nozalada, dominico, arzobispo de Manila. En rigor, sólo uno de los once breves capítulos del libro, el octavo, trata de la religión de los tagalos; en los restantes, se ocupa también de su origen, de su carácter, supersticiones, costumbres, literatura y arqueología prehispanica. Algunos comentarios del libro arrastran confidencias personales que son muy útiles para profundizar en la complicada estructura psicológica de su autor; por ejemplo: “a los españoles les sucede, a los pocos meses de estar en Filipinas, perder casi por completo la memoria, a lo menos de muchas cosas de Europa. Y lo peor es que de vuelta luego en España sucede lo mismo respecto de Filipinas. / Yo hablo por mí, que cuando estaba allí tenía que tener escrito en la pared el número de la casa donde había vivido en Madrid seis años, para saber adónde había de escribir a mi familia, y ahora sólo como en sueños recuerdo de las cosas de Filipinas. No hablemos de nombres, porque ni el de los amigos retengo.”¹³

Con dos breves obras poéticas remató don Ventura su contribución a la *Biblioteca filipina: Theologales (Sonetos)*¹⁴, de la que el propio Retana envió un ejemplar a Menéndez Pelayo¹⁵, y *Un sueño (Poema)*¹⁶.

La virulencia de sus artículos de tema colonial publicados en *El correo español*, en los que hacía duras críticas a los políticos de la Restauración y ponía en tela de juicio la labor de la administración española en Filipinas, llevaron a las autoridades eclesiásticas —cediendo a presiones gubernamentales— a retirarlo de su parroquia alcarreña y desterrarlo confinado a Toledo, cabeza de la diócesis, “bajo la vigilancia del cardenal Sancha, que acabó por cobrarle verdadera estimación; desde entonces (1897) puede decirse que apenas se ha movido de la imperial ciudad, donde goza de verdadera popularidad.”¹⁷

2. ENTRADA EN LIZA DE UN PERIODISTA PROVINCIANO

Don Ventura era tozudo y la vigilancia, seguramente, afectuosa. El periodismo le entusiasmaba. Y para seguir en él fundó, ya en Toledo, un “diario independiente”, al que puso el nombre —de franco sabor regeneracionista— de *La aurora*. Es muy posible que la idea, e incluso la financiación inicial del periódico, no fuesen suyas sino del cardenal Sancha, que tenía afición a ese tipo de aventuras¹⁸; así lo declaraba, quince años más tarde, el propio Fernández López en uno de sus folletos polémicos: el cardenal, “cuando a Toledo me llevó y tuve el honor de servirle haciendo por su orden un periódico.”¹⁹

El primer número de *La aurora* salió el 14 de septiembre de 1898; era una simple hoja impresa por sus dos caras; figuraba como administrador don José Úbeda; la dirección estaba en el número 7 de la calle de los Aljibes, y se imprimía en el establecimiento de la viuda e hijos de Juan Peláez²⁰. A partir del número 8 tuvo cuatro páginas; el último número, el 42, salió el 31 de octubre de 1898. Desde el número 17 en adelante, se hacía constar en la cabecera que el periódico se publicaba “con censura eclesiástica”. *La aurora* fue la humilde aventura provincial de un apasionado del periodismo; una aventura que duró mes y medio. Fernández López era su propietario, director²¹ y redactor principal —casi único—, simulando cierta variedad redactora por medio de la utilización de diversos seudónimos y por la inclusión de sueltos, editoriales e informaciones anónimas. A ello se debe que el periódico muestre una coherencia de estilo muy característica y que su línea ideológica sea uniforme y definida. Salvo detalles de escasa importancia, el contenido de *La aurora* abarcaba tres grupos temáticos: 1. Noticias, comentarios y lamentos sobre el *desastre*; 2. Notas de intención regeneracionista; 3. Información toledana.



Portada del número 1 de *La Aurora* de 14 de septiembre de 1898.

La aurora comenzó haciendo cuenta y dando razón del desastre colonial, salvando la responsabilidad del ejército y condenando duramente la irresponsabilidad e “imprevisión de gobernantes ineptos, cuando no de políticos sin vergüenza.”²² Su director, que había vivido con apasionado patriotismo las circunstancias del *desastre*, se incorporó, apasionadamente también, a la corriente regeneracionista, con el deseo ferviente de hacer de la necesidad virtud y aprovechar la coyuntura *desastrosa* para realizar reformas en la estructura nacional. El nombre del periódico aludía, pues, a esa pretensión regeneradora: “Convengamos en que surge una aurora para España, y que nosotros justificamos nuestro título.”²³ Pero los últimos acontecimientos bélicos y el desarrollo de la conferencia de París, en la que tan cara se pagó la paz, fueron haciendo cambiar el tono de *La aurora* desde la irritación de sus inicios a un fatalismo final. A la altura del número 32 (19 de octubre), la actitud de V. F. López

ante el problema colonial y su clausura en la conferencia de París es de altiva resignación: “Que Puerto Rico se va; pues que lo lleve el demonio; que Cuba se la llevan; pues que les aproveche a los nuevos domadores, que a nosotros nos ha dado ya bastante guerra.”²⁴ Se llega incluso a una actitud ideológica desesperada, que alcanza fórmulas anarquistas: “Sí, que se suprima este Ministerio [de Ultramar]: ¡la lástima es que no se suprimen todos, para la falta que hacen!”²⁵ Aunque el periódico, firmemente asentado en la doctrina de la Iglesia católica²⁶, era fieramente antiliberal y, en consecuencia, contrario a cualquier veleidad anarquista²⁷. En definitiva, el balance que hacía Fernández López era desolador, pero lúcido: culpa al gobierno liberal “de haber perdido las últimas colonias de nuestro vasto imperio y haber perdido además a España, haciendo imposible su vida normal en mucho tiempo, quizás *usque in aeternum*.”²⁸ El director de *La aurora* extendía el peso de la culpa a toda la clase política, incluidos los conservadores, y a la prensa, a la que tacha de irresponsable, ignorante y soberbia²⁹, y eximía al ejército y al pueblo. Los enormes errores políticos y la frívola irresponsabilidad de los gobiernos exigían, según él, un castigo: “creemos que [el ejército] sea el encargado de realizar la venganza del pueblo.”³⁰ Audaz para su tiempo, Fernández López deseaba un servicio militar voluntario y profesional³¹.

El reformismo de *La aurora*, como el de casi toda la corriente regeneracionista, aunque sincero, pecaba de candidez. Se manifiesta católico y antiliberal, recela del conservadurismo y condena con dureza al caciquismo. La figura del cardenal Sancha le es especialmente simpática y, tal vez por su influjo, hay atisbos de curiosidad por una incipiente democracia cristiana y por un catolicismo social³². Su simpatía por un posible gobierno militar, de amplios poderes, tiene carácter reduccionista y moralizador, pero se enuncia sin precisión y sin cautela. El afán de ser un auténtico *diario independiente*, “que no se casa con nadie”³³, tenía necesariamente bastantes limitaciones, que el periódico parece haber afrontado con gallardía, pero que desembocaron en un desencanto final: “[*La aurora*] nos proporcionaba sendos disgustos que nos han demostrado ser imposible la idea de un periódico independiente.”³⁴ Disgustos que se habían ido poniendo en evidencia, casi siempre de manera velada, desde los inicios de la publicación, y que parecen reflejar, en parte al menos, la manía persecutoria que aquejó a don Ventura: “Sabemos que ciertos elementos enemigos del orden

social y descontentos, por supuesto, de la iniciativa de nuestro modesto diario, proyectan emprender contra él una campaña de difamación, que ya han iniciado en la sombra, suponiendo no sabemos cuáles achaques en su Director.”³⁵ Dos días más tarde, Fernández López aludía al “encarnizado enemigo que prepara en la sombra una campaña de difamación contra *La aurora*”³⁶; y, un mes después, llegó a un desplante retador: “Los que nos dirigen anónimos amenazantes podían ahorrarse ese trabajo, afrontándonos en la calle, puesto que andamos todo el día y parte de la noche por esos mundos de Dios.”³⁷

Pese a esas misteriosas acechanzas, el periódico refleja el alto grado de integración de su director en la vida toledana, cuyas costumbres mira en alguna ocasión con ojos de asombro, pero casi siempre con simpatía. La ciudad le entusiasmaba y parece tener en ella numerosos amigos. Pero los colaboradores de *La aurora* fueron pocos: Francisco García-Rodrigo, que escribió sobre temas religiosos; César Gil, que escribió varios artículos breves sobre la reforma de la enseñanza y utilizó en alguna ocasión la inicial, *G.*, de su apellido; José María Martínez de Velasco, que usó el seudónimo *P.P.* y, en una ocasión, las iniciales *J.M.V.*; el presbítero Pedro Gobernado; J. Samaniego L. de Cegama; Pilar Gutiérrez Terán, y, una sola vez, el médico Juan Moraleda y Esteban³⁸, que vivía muy cerca de su casa, y se convertiría, años después, en uno de los más odiados enemigos del cura loco. Fernández López arrastró, como pudo, el peso del diario, escribiendo casi todas las colaboraciones anónimas, insertando materiales antiguos y utilizando numerosos seudónimos; son suyos, con seguridad, los textos firmados por *V.*, *Leopoldini*, *F.L.V.-B.*, *Tolstoy*, *X.Y.Z.*, *Minutius*, *Córcholis* y *El cura de Fontanar*, y muy probables los de *B. y R.*, *Pero Grullo*, *K.P.O.*, *A.B.*, *R.*, *K. Landria* y *Peregrino de allende*.

La aurora es un periódico curioso, como son casi todos cuando pasan los años, pero muy poco notable. Su mayor valor, hoy, son seguramente los editoriales, en los que el director dio muestras de su temperamento apasionado, pero también de su inteligente comprensión de las situaciones y de nobles deseos de equidad; algunos, como el titulado “Ni Puerto Rico es tan rico...”³⁹, llegan a ser excelentes. En alguna ocasión, rastreamos pruebas de la curiosidad y el atractivo que despertaban en Ventura F. López los temas alienistas⁴⁰. Sin que sepamos si era cierto, a partir del número 30 (17 de octubre), se iniciaba la publicación asegurando que era “el periódico de mayor circulación de la provincia”; una probable me-

galomanía de su director o un intento de provocar a los “enemigos ocultos” en los otros periódicos locales. Literariamente considerado, *La aurora*, aunque escrito con corrección, era mediocre y garbancero. Sólo una vez, en la única revista taurina aparecida, su autor, *Rehilete*, dio pruebas, si no de primor de estilo, de autoridad y galanura; su crónica de la novillada del 23 de octubre se lee todavía con gusto⁴¹.

Desde el número 8 al 41, *La aurora* fue publicando como folletón *Los ñiongos. Novela hispano-filipina*, de Ventura F. López, que había sido publicada ya, de la misma manera, en la revista de Retana, *La política de España en Filipinas*. Está fechada en Fontanar en 1894. De estructura muy simple, con pocos personajes y escasa acción, la novelita está desarrollada con corrección y desenvoltura, pero carece de brillo y de interés. Su peripecia argumental transcurre en Madrid, en un ambiente de filipinos residentes en la capital, en el que se teje una desmayada intriga amorosa que permite al autor desahogar su pesimismo y deslizar comentarios irónicos sobre la administración y costumbres de la colonización española en Filipinas y sobre la hipocresía y bajeza de la política metropolitana. De la novela, lo que más me llamó la atención fue la concordancia de algunos de sus personajes con los de la popularísima zarzuela *Agua, azucarillos y aguardiente*, que se estrenó en junio de 1897, con libreto de Miguel Ramos Carrión⁴². Es difícil hablar de influencias cuando se trata de obras de tan escasa significación literaria; lo más probable es que ambas beban de fuentes comunes.

Su pequeña aventura periodística le sirvió a don Ventura para mantener encendidas sus pretensiones literarias, que tenían más de ensueño vanidoso —germinado en su solitaria adolescencia— que de necesidad expresiva. La relación con la imprenta de los herederos de Peláez, consolidada durante la publicación de *La aurora*, le permitió ir publicando una serie de breves opúsculos, de dudosa oportunidad y ningún provecho. De 1900 es el *Homenaje a Toledo con motivo de la traslación de los restos de Garcilaso de la Vega*⁴³, opúsculo poético confeccionado al hilo de los festejos que se celebraron en agosto de ese año con motivo del depósito de los restos de Garcilaso en la capilla familiar de San Pedro Mártir, de la que habían sido extraídos en 1869. Fernández López da muestra una vez más de su desatentada afición a la poesía construyendo cinco armatostes versificados, llenos de rípios y de tópicos, en los que se evidencian

la lamentable falta de instinto poético y el atrevimiento impertinente del autor. Temáticamente, el *Homenaje*, en el que se hallan ecos claros del divulgado soneto *denigratorio* de Ferrer del Río, supone un ejemplo más de la ramplona servidumbre al tópico posromántico de la ciudad *abandonada* y muerta, cuya belleza supera *sus pesares*:

*Para triunfar, aun muerta, de la muerte.*⁴⁴

De 1901 es *La rota (Canto épico)*, que toma como pretexto para el título la derrota de las tropas españolas en la batalla de Ocaña, el 19 de noviembre de 1809⁴⁵, un escenario que, sin duda, traía a don Ventura recuerdos de sus años de colegial dominico. La palabra *rota*, con el significado de fracaso o desastre militar, entró muy envejecida en el siglo XIX; en el XX, ya era arcaica. Fernández López, con una clara intención casticista, la engancha al vuelo de una frase de Jovellanos, que cita en la portada del libro⁴⁶, para expresar su amargura por la derrota militar de 1898, que es el verdadero tema del canto. La intención regeneracionista de *La rota* está patente ya en su ingenua dedicatoria: “A la nueva generación española”, a la que quiere ver combatiendo por “un ideal”. Se trata, desde luego, de un regeneracionismo tradicionalista, fiel al postulado de *progreso desde el pasado*, que intenta, sobre el dolor y la vergüenza, ser un revulsivo nacional, y no excluye la tentación revanchista: “mientras mi labio la venganza alienta!”⁴⁷, y, en último extremo, pone esa venganza en las manos de Dios:

*Ya apunta nueva aurora:
aprendamos nosotros del destino,
tengamos esperanza,
dejemos que Él ejerza su venganza;
que los fieros tiranos,
son juguetes risibles en sus manos.*⁴⁸

El canto, pese a sus elevados anhelos, es literariamente torpe. Escrito con métrica irregular, en la que predominan los serventesios, sólo en alguna ocasión escuchamos en él ecos épicos entonados y dignos.

Pocos ejemplares deben de quedar —si es que queda alguno— de *Práctica de la vida espiritual, ascética y mística*, publicado en 1902, presumiblemente en la misma imprenta toledana de los sucesores de J. Peláez⁴⁹. Su carencia es lastimosa, porque nos impide acercarnos a un conocimiento de su religiosidad más profundo que el que se evidencia en sus otras obras y en sus artículos periodísticos. En ellos dejó clara, en numerosas ocasiones, su fervorosa devoción mariana y el carácter ortodoxo de

sus creencias morales. Por esos años, su ideología era rotundamente carlista, pero en *La aurora* comprobamos su simpatía por los menesterosos y desvalidos, que le lleva a acoger con decisión las directrices *sociales* del magisterio pontificio e, incluso, la posibilidad de una democracia cristiana⁵⁰.

De viva curiosidad, su atención se ocupaba de muchos temas a la vez. Pero siempre de manera ligera, con rapidez y con inevitable superficialidad. En 1903 publicó nada menos que un proyecto de autómatas volante, que hay que enmarcar en una corriente contemporánea de proyectismo paramilitar⁵¹. Estaba basado en la composición elemental de fuerzas y lo desarrolló con un confusionismo expositivo lamentable. En realidad, parece desconocer los fundamentos dinámicos del problema, al que posiblemente se había acercado leyendo artículos de divulgación. No obstante, estaba convencido de la funcionalidad del aparato, como manifiesta, en una arrogante “Advertencia”, al final del breve opúsculo: “Solicitada patente de invención de este aparato, el autor admite proposiciones, así de particulares como del Estado, para la cesión de sus derechos.”

No hay pruebas de cervantismo en don Ventura hasta 1905, año en que se conmemoró el tercer centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote*. La noche del 7 de mayo se representó, “con gran aplauso”, en el teatro de Rojas el juguete dramático *Don Quijote y su escudero*, construido a partir de los episodios que se relatan en los capítulos XXXI al XXXIII de la segunda parte de la novela. Habilidadosa, pero muy ceñida al texto en que se basa, esta pincelada dramática, que consta de acto único dividido en seis escenas y rematado por cinco serventesios estafalarios, carece de calidad y de interés. Se imprimió, no obstante, en un folleto de 15 páginas⁵², que su autor dedicó a José Benegas Camacho, alcalde de Toledo, con el que mantenía buena amistad desde los tiempos de *La aurora*.

La simpatía (“verdadera estimación”) que le había profesado el cardenal Sancha, al que don Ventura parece haber servido como agente en asuntos relacionados con la prensa madrileña, se enfrió en los años finales de su pontificado. Fernández López apenas acertaba a explicarse “tal desvío poco antes de su muerte.”⁵³ En el otoño de 1909 se inauguró un nuevo estilo en la diócesis toledana con la llegada del cardenal franciscano Gregorio María Aguirre. Es posible que don Ventura no se sintiese cómodo o que se acentuase entonces la precariedad

de su situación. Pero es también posible que —fiel a compromisos que, de momento, se nos escapan— fuese arrastrado a nuevos derroteros por la convulsa situación general española, desquiciada por los acontecimientos de la guerra de África y por las consecuencias de la *semana trágica*.

3. PROFESOR Y POLEMISTA

Sin que estén claros del todo, parecen haber sido motivos económicos los que indujeron a don Ventura a pretender una plaza de profesor de Religión en los institutos de enseñanza media⁵⁴; la obtuvo por Real orden de 22 de noviembre de 1910, siendo destinado al instituto de Figueras⁵⁵. Por una nota interna de la secretaría particular del ministro de Instrucción Pública, sabemos que había sido recomendado por el influyente general Valeriano Weyler, al que había conocido —y admirado— en Manila⁵⁶. Nos quedan pocas dudas de que el inquieto y poco dócil don Ventura formaba parte en esos años de la clientela política de Weyler. Su trato con él, no sólo en Manila sino también, más tarde, en Madrid, llegó a alcanzar los discretos niveles de intimidad que el carácter del zahareño general permitía. A principios de 1910, apenas cuatro meses después de la entrada en Toledo del cardenal Aguirre, Fernández López estaba ya preparando el terreno. El 3 de febrero apareció en la revista madrileña *Nuevo mundo* una semblanza suya de Weyler, al que llama “príncipe de la milicia”, y al que pretende exaltar y vindicar hasta el extremo de sentir “miedo a incurrir en nota de adulador”⁵⁷. El nuevo profesor iba a Figueras a la sombra de Weyler, que había sido encargado, tras las convulsiones de la *semana trágica*, de la capitánía general de Cataluña. ¿Era un elemento de la red de información montada por el general?⁵⁸

Por las razones que fueran, el inquieto profesor, que parece haber tenido muy pocos alumnos, no se aclimató bien a su destino⁵⁹. Para ausentarse de Figueras, don Ventura utilizó diversas martingalas: se incorporó al instituto en enero de 1911, una vez pasadas las vacaciones de Navidad, y el 10 de febrero obtuvo quince días de licencia “para poder trasladarse al lado de su señora madre que se encuentra enferma”⁶⁰. El 18 del mismo mes solicitó otros quince días “para ventilar asuntos urgentes de familia”⁶¹. El 24 de marzo, el ministerio le concedió un mes de licencia “para estudiar el rito muzárabe en Toledo”⁶². El 23 de mayo, el vicedirector del instituto dirigió un oficio al subsecretario del ministerio mani-

festando que el profesor de Religión se había ausentado de Figueras el día 15 de ese mes, dejando sin examinar a los alumnos y “habiendo cometido ya el número de faltas que las disposiciones vigentes señalan para ponerlo en conocimiento de V. E.”⁶³ Regresó el 24 de mayo. Pero, el 8 de junio, obtuvo del rector de la universidad de Barcelona, de la que dependía administrativamente el instituto de Figueras, otra licencia de quince días “a fin de atender al restablecimiento de su salud.”⁶⁴ El 14 de octubre del mismo año, en instancia al ministro, fechada en Figueras, solicita permiso para pasar a Madrid a informar a la Junta facultativa de Archivos, Bibliotecas y Museos sobre las excavaciones del circo romano de Toledo, de las que pretendía ser nombrado inspector.

Los tres años siguientes parecen haber sido más tranquilos. Hasta el 2 de octubre de 1914, en que el ministro le concede un mes de licencia por enfermo. Comenzó a disfrutarla el 12 de octubre y se reincorporó el 11 de noviembre. Durante ese mes debió de hacer gestiones en Madrid, que fructificaron en Real orden del 9 de noviembre “por la que se le comisiona para practicar excavaciones en Toledo”⁶⁵ durante un año. Pero pasó ese plazo y el profesor no regresó a Figueras. El director del instituto se quejaba de ello en oficio al subsecretario del ministerio. El asunto se zanjó con una Real orden que le declaró cesante el 24 de noviembre de 1915. A don Ventura, que había pretendido vivir en Toledo, dedicado al ejercicio arqueológico, pero conservando la sinecua profesoral, en espera, seguramente, de algún traslado favorable, no le hizo ninguna gracia la decisión del ministerio y objetivó su rencor en la persona del ministro: “sin otro premio —se quejaba en febrero de 1918— que la cesantía con que le obsequió el último Ministro conservador de Instrucción, que Dios confunda”⁶⁶. Sus viejos celos, derivados de su afinidad tradicionalista pero también de su propia mentalidad, frente al partido conservador, se transformaron en una enemistad cercana al odio. Y le fueron acercando a posiciones antidinásticas.

Los años de Figueras dieron algunos frutos literarios. En primer lugar, una *Memoria* sobre el rito mozárabe, que su autor presentó a la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas para intentar la concesión de una de sus pensiones⁶⁷; está fechada en Figueras, el 25 de abril de 1911, y consta de diecinueve cuartillas mecanografiadas por una sola cara. Es breve, superficial y descuidada, y nada en ella refleja estudio serio ni duradera reflexión. La Junta, el 30 de mayo del

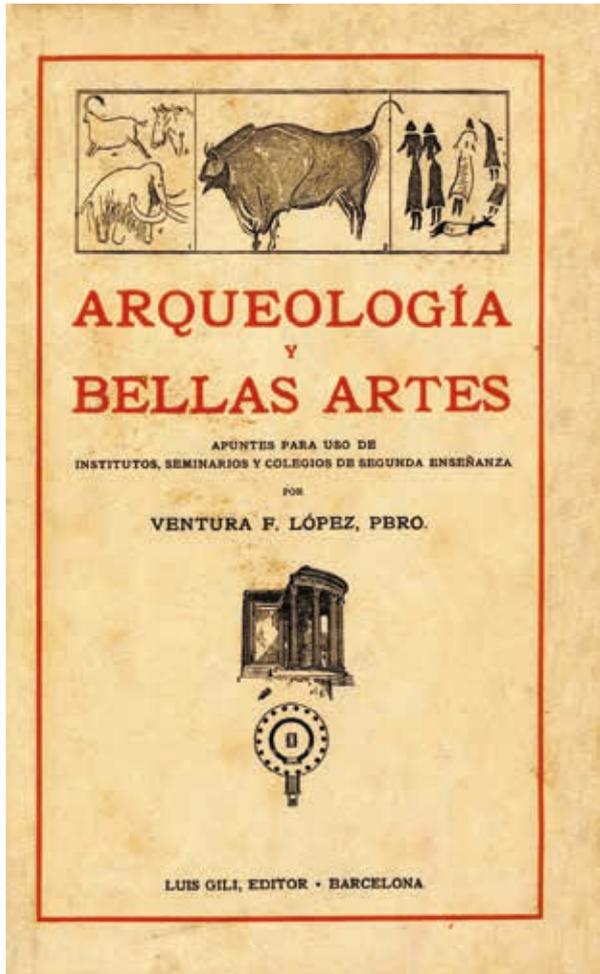
mismo año, rechazó la petición⁶⁸. Fernández López la presentó también al XXII Congreso Eucarístico Internacional, que se celebró en Madrid del 23 de junio al 1 de julio de 1911, en cuyas *Actas* se hizo de la *Memoria* una breve pero elogiosa reseña⁶⁹.

Mucho más interés tienen dos obras editadas en 1913 en Barcelona por el librero Luis Gili, en las que el escritor utilizó, a modo de antifaz literario, un anagrama de su nombre: *F. Venzel Prouta*. La primera que se publicó, *Defensa de la Compañía de Jesús*⁷⁰, supone una reacción —de las muchas que hubo— provocada por el polémico libro de Miguel Mir sobre los jesuitas⁷¹. A don Ventura, la Compañía le inspiraba admiración y rechazo; de ahí, su deseo de imparcialidad y juicio sincero. Acusa al P. Mir de incompreensión y mala fe, y pasa revista a su *Historia interna* con una campechana desenvoltura, ciñéndose al lector con atrevidas aproximaciones, con desplantes verbales y una ruda ironía. Su temperamento polemista encuentra un terreno muy adecuado, pero el discurso de la *Defensa* presenta discontinuidades, y el hilo expositivo se enreda y retuerce, oscureciéndose el estilo. Fernández López se despachaba con mucho desparpajo en cuestiones que resultaban vidriosas; no obstante, solicitó y obtuvo la licencia eclesiástica, actuando de censor el meticoloso doctor Enrique Pla y Deniel, entonces canónigo de Barcelona y futuro arzobispo de Toledo.

La violencia polémica se agudiza en *Ex sotanas... sin conocer*⁷², furibundo alegato con el que pretendía “la verdadera defensa de la Iglesia.”⁷³ El librito es muy curioso: aporta numerosas noticias autobiográficas y permite comprobar que, a esas alturas de su vida, Fernández López daba ya muestras claras de desequilibrio. Retador y bravucón, el destemplado don Ventura arremetía contra cuatro sacerdotes secularizados (ex sotanas) y anticlericales⁷⁴: José Ferrándiz, Pey Ordeix, *Fray Gerundio* y Julio Cejador, sin detenerse ante el insulto, muchas veces grosero, ni ante la revelación de intimidades vergonzosas.

La misma editorial barcelonesa editó el libro más vistoso de Ventura F. López: *Arqueología y bellas artes*, adornado con fotografías y con estupendos dibujos a pluma de Francisco Caula⁷⁵. La obra consta de tres partes: la primera, que sirve de introducción, es “una breve reseña de la Arquitectura, de la Pintura y Escultura”; la segunda, la más extensa, trata de la arqueología, y está formada por los apuntes “de nuestro distinguido discípulo señor Rey Charre, tomados en nuestros cursos de conferencias de Arqueología”; remata el libro “un dis-

Cubierta del libro *Arqueología y Bellas Artes*.



curso sobre la influencia del Cristianismo en las Bellas Artes⁷⁶. A pesar de su atractivo formal y de algunos aciertos dispersos, el libro resulta decepcionante: es pretencioso, pero poco riguroso, y está compuesto extrayendo de mala manera obras generales, sin orden y sin precisión. Comprobamos que la arqueología le servía para fantasear (y para intentar confirmar sus fantasías)⁷⁷, lo que le obligaba a forzar las hipótesis tanto como las conclusiones, que suelen ser inconsistentes. Sorprende que un hombre tan aficionado a escribir —y que tanto había escrito— no logre superar la torpeza expresiva de un mal aficionado. La rudeza y superficialidad de sus juicios y comentarios *estéticos* resulta, incluso, jocosa; así se despacha en su peregrina semblanza de Goya: “Genio irascible y terco el de este pintor, cuya fama sube como la espuma desde que murió en Burdeos a principios del

siglo pasado, se puede considerar como el pintor de las costumbres populares madrileñas, aunque él era aragonés. Fue yerno de Bayeu, a quien conoció en Madrid, y el cual le introdujo en la buena sociedad, para la que pintó también varios retratos, que hoy se pagan a precio alzado.”⁷⁸ Ante la que no desmerece su apreciación del Greco: “Nació este pintor en Creta, murió en Toledo en 1625 y está enterrado en la iglesia de Santo Domingo el Antiguo, donde tiene sus mejores obras. *El Greco* es hoy muy admirado por ciertos escritores que casi nos lo quieren presentar como el modelo de pintores religiosos; pero de esto tiene tan poco que bien se puede asegurar que son algunas de sus obras caricaturas de Cristo y de los Santos; véase, si no, la parte superior de este cuadro [*Entierro del conde de Orgaz*].”⁷⁹

4. DE LOS PLACERES Y PELIGROS DE LA ARQUEOLOGÍA

Parece razonable pensar que don Ventura regresó a Toledo, para dar traza a su comisión arqueológica, en noviembre de 1914. En 1915 figura ya en el *Padrón de los individuos sujetos al impuesto de cédulas personales*, habitando, junto a su madre, Carmen López, viuda de 72 años, un piso en la casa número 10 de la plaza de las Capuchinas⁸⁰, en el que parece que vivían ya con anterioridad, tal vez incluso desde su llegada a la ciudad en 1897 o 1898. Era una enorme casa de vecindad, con dos patios y fachada a tres calles (la de los Aljibes, la de las Tendillas y la plaza de las Capuchinas); a la plaza daba la puerta principal, por la que se entraba directamente al piso bajo que ocupaban don Ventura y su madre, que comunicaba con un espacioso patio vecinal por una puerta cristalera. La casa sufrió hace algunos años una severa remodelación, pero todavía conserva en su fachada recuerdos de su viejo aspecto, como la gran ventana enrejada, a la derecha de la puerta. Algunos de nuestros informantes recordaban al cura escribiendo o leyendo, con semblante muy hosco, sentado ante una mesa camilla colocada junto a la ventana; desde la que podía contemplar el bullicioso panorama de la plaza y los arranques de las callecitas de San Ildefonso y de la Merced.

Don Ventura F. López volvió a Toledo con delirio arqueológico. Su nombramiento de comisario de excavaciones y su reciente libro de arqueología le daban mucho aplomo, y hasta arrogancia. Volvía con una idea fija, que ya había anticipado en algunos pasajes del libro: las ruinas del llamado *circo romano* de Toledo eran, en reali-

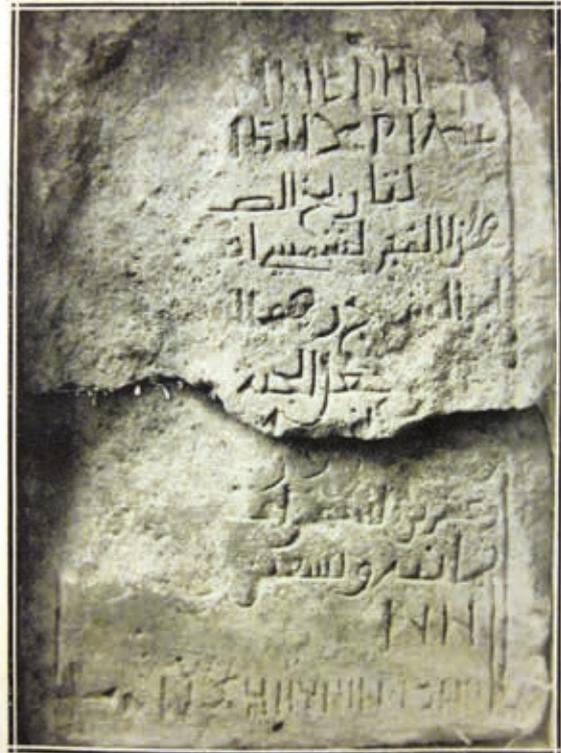
dad, los restos de la basílica visigoda de santa Leocadia, en la que se habían celebrado los concilios toledanos⁸¹. Su mentalidad era rotunda: buscaba interpretar “el testimonio de las piedras muertas, que son, no obstante, documentos más ciertos que los escritos producto de la lengua viva.”⁸² Y empezó su tarea aureolado con un prestigio gratuito.

La autorización ministerial le había sido concedida a título particular, y “bajo la Inspección del Estado”; ello implicaba que el arqueólogo debería sufragar todos los gastos que ocasionasen sus excavaciones⁸³. Fernández López comunicó su intención al ayuntamiento, propietario de los terrenos, solicitando que le suministrase dos obreros, pagados por el municipio, para que le ayudasen en sus trabajos; pidió también la concesión temporal de un terreno auxiliar para utilizarlo como almacén y depósito de los objetos que fuese encontrando, prometiendo ceder a la ciudad todos los que tuviesen importancia arqueológica, con destino a un futuro museo municipal⁸⁴.

El ayuntamiento, de acuerdo con un pomposo informe de la “Comisión especial defensora de los intereses artísticos e históricos”⁸⁵, accedió a lo solicitado, en sesión de 23 de diciembre de 1914, pidiendo al arqueólogo “que remita una relación semanal a la alcaldía comprensiva del resultado que vaya obteniendo [...] y de los días de labor empleados por los [dos] obreros cedidos”⁸⁶. El flamante excavador inició sus trabajos el 20 de enero de 1915⁸⁷, obteniendo algunos resultados prometedores: “han aparecido varias sepulturas árabes y cristianas de gran interés arqueológico en cuya conservación tiene marcado interés la Real Academia de la Historia”. Sobre uno de los enterramientos se encontró una “lápida funeraria”, que don Ventura, suavemente, pretendió escamotear de su primitivo ofrecimiento⁸⁸; pero no lo logró, y el ayuntamiento le manifestó su extrañeza por no haber recibido “la lápida histórica encontrada”⁸⁹. El hallazgo había ocurrido, muy probablemente, a principios de marzo; el 27 de ese mes, la revista católica barcelonesa *La hormiga de oro* publicó una fotografía hecha por Pedro Román en la que se aprecian bien el estado de conservación y las inscripciones que decoran la lauda; en una breve nota, se la caracteriza como “lápida mozárabe”: “mide 0,35 por 0,25 m.: es de barro cocido, y está escrita en latín y árabe. Según su descubridor [...] debe de pertenecer a un desconocido mártir del tiempo de Almanzor”⁹⁰.

Para curarse en salud, y como justificación de sus tareas, Fernández López publicó uno de sus folletos ha-

bituales: *Las basílicas de los concilios toledanos*⁹¹, en el que desarrollaba con detalle su idea: “que no había tal Circo, y sí las Basílicas de los Concilios en esas soberbias ruinas del llamado Circo Romano”⁹², que don Ventura parece haber estudiado desde los primeros años de su estancia en Toledo⁹³. Cree encontrar allí restos de la primitiva catedral (la basílica pretoriense de san Pedro y san Pablo), edificada por Leovigildo, y asegura que su planta y alzado fueron reproducidos posteriormente en la iglesia —luego mezquita— del Cristo de la Luz. La argumentación de su tesis es débil y extravagante, inclinada hacia un cierto simbolismo esotérico que la precipita a conclusiones estafalarias. Los resultados prácticos de la excavación tampoco están muy claros: además de “una valiosa lápida mudéjar”, hallada en las inmediaciones del arco situado frente a la venta de Aires⁹⁴, “hemos encontrado columnas de todos tamaños y [...] una jamba de mármol de un ventanal [...]. Esta magnífica pieza visigótica, entregada por nosotros a la Comisión de Monumentos, ha desaparecido a nuestra vuelta de Figueras”⁹⁵.



TOLEDO.—Curiosa lápida encontrada en el Circo Romano.—(Fot. Román)

Por unas cosas y por otras, las relaciones entre el ayuntamiento y el arqueólogo se fueron enfriando. En un oficio de 27 de octubre de 1915, el alcalde preguntaba al excavador el tiempo que calculaba durarían sus trabajos; Fernández López dio una respuesta desabrida: “tengo el gusto de contestarle que no sé el tiempo que habré de invertir en mis trabajos de excavación de la Vega baja, pues lo mismo puede ser un año que veinte”⁹⁶. E intentó complicar en el asunto al gobierno civil de Toledo: en oficio de 10 de noviembre, el gobernador trasladaba al alcalde una instancia de Ventura F. López en la que le comunicaba que tenía “el disgusto de poner en conocimiento de V. S. que no sólo se inutiliza mi trabajo frecuentemente, sino que [no] sirve acotar con alambreras los descubrimientos.- Tal me ha sucedido en la que a expensas de S. M. Muley Hafid puse a las interesantísimas tumbas antropoides mudéjares y árabes para evitar que me las destruyeran [...] prueba de la incultura de este pueblo y el poco respeto a la propiedad ajena, así como el descuido de los guardas encargados de la custodia de los jardines enclavados en el citado circo [...] acabo de ver arrumbado un soberbio cipo que franqueaba la entrada a las tumbas”⁹⁷.

En los últimos meses de 1915 creyó hallar lo que consideraba su mayor descubrimiento: el sepulcro del rey visigodo Suintila, por el que dice haber recibido parabienes de Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos. Dio cuenta de este hallazgo en un artículo publicado en *El castellano*, en el que hace gala de su afición a descifrar criptogramas, que, en muchas ocasiones, no lo son, y en el que, siguiendo su costumbre, lo hilvana todo a medida de su deseo⁹⁸. Conservó este sepulcro en su casa, dando lugar a jocosos comentarios que recogió Urabayen en una de sus novelas.

Notable le pareció también el hallazgo, a mediados de marzo de 1916, de un fragmento de columna, labrado por sus cuatro caras, que interpretó como parte de una de las cuatro columnas del baldaquino en el que se guardaba la eucaristía en las iglesias visigodas; lo dató del siglo VI, y creyó ver en sus relieves una representación eucarística⁹⁹. Regaló esta “joya” al cardenal Guisasa, que inició con ella un pequeño museo de arqueología cristiana instalado en su antecámara¹⁰⁰.

El prestigio local que alcanzó entonces como arqueólogo hizo que le avisaran cuando apareció una lápida sepulcral romana de pizarra en una de las fin-

cas de Calabazas, en la ribera izquierda del Tajo. Don Ventura, con su habitual precipitación, dedujo que por allí pasaba la calzada romana de Mérida a Zaragoza y que el puente de Alcántara “no es ni puede ser romano, aunque lo quiera D. Rodrigo Amador de los Ríos.”¹⁰¹ Esta ligereza de lenguaje y su desabrido tono polémico resultaban irritantes; y él mismo se iba irritando más y más, arrastrado por sus frecuentes patinazos. De los que difícilmente se desengañaba¹⁰². Pocos meses después, el hallazgo accidental de una lápida sepulcral bilingüe en la iglesia parroquial de santa Justa permitió a Amador de los Ríos devolverle el puntillazo: “No hay para qué decir que es de mayor importancia y mérito que la placa de barro cocido encontrada por el presbítero D. Ventura F. López y vendida por él a Muley Hafid”¹⁰³. La reacción de don Ventura fue inmediata y destemplada: se quejaba de “La impertinente cita de mi nombre por el señor Amador de los Ríos”, que “pretendía que yo la regalara [la placa] a su museo”, y asegura que “no hubo tal venta, sino un regalo a quien se interesó por mis excavaciones (de bastante más importancia que las realizadas por D. Rodrigo con fondos del Estado)”. El asunto de la venta o donación había tenido cierta resonancia y sus ecos llegaron, incluso, al parlamento: “Ya se ventiló esta cuestión en el Congreso, y fue un radical quien aventuró la sospecha de la venta, creyendo así infamar al presbítero, que tales son los fariseos...”¹⁰⁴

En una especie de fiebre arqueológica, el ambiente se terminó de agriar con la aparición casual de otra lápida mudéjar durante las obras de arreglo de los jardines del *Campo escolar*, situados en terrenos del circo romano. El arqueólogo protestó ante el ayuntamiento, aduciendo que “roto el acuerdo [...] por el que me comprometí a donarle los objetos de cierta importancia que en mis excavaciones encontrara, como he probado excavando por mi cuenta una mitad del llamado Circo, la lápida hoy en depósito en el ayuntamiento me pertenece.”¹⁰⁵ Al no obtener su devolución, Fernández López acudió nuevamente al gobernador civil¹⁰⁶, que recibió del alcalde una respuesta evasiva: “Una vez que dicha reclamación se practique en la debida forma se resolverá lo que proceda.”¹⁰⁷

Pero un hecho fortuito reavivó el interés del asunto. En unas obras que la Jefatura de obras públicas realizaba en las inmediaciones del Cristo de la Vega, se halló el 4 de abril de 1917 “un precioso sepulcro visigótico, que el inteligente escudriñador don Ventura F. López fue el

primero en estudiar y definir, dando cuenta de tan importante hallazgo al Sr. Gobernador”¹⁰⁸. Don Ventura publicó un artículo en *El castellano* intentando caracterizar, histórica y arqueológicamente, este nuevo descubrimiento¹⁰⁹, al que puso en relación con el sepulcro que él había hallado a finales de 1915 (“nuestro sepulcro de Chintila”). Ambos se componían “de cinco bovedillas de barro cocido yuxtapuestas que se apoyan [...] sobre una caja de fábrica de ladrillos trapezoidales, engatillados unos en otros y unidos por cal”¹¹⁰; el segundo era un sepulcro infantil, al que dató en el año 662, “del tiempo de Recesvinto”. Parece que se impuso la pretensión de don Ventura, muy acertada en este caso, y el segundo sepulcro fue depositado en el museo arqueológico de Toledo, donde, años después, fue descrito y catalogado por Manuel Jorge de Aragoneses¹¹¹.

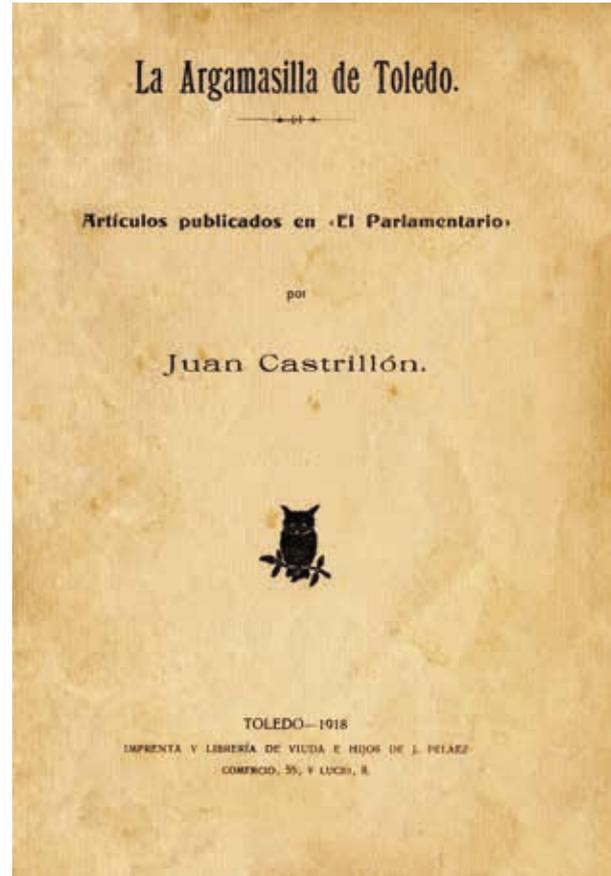
El episodio se remató el 31 de mayo de 1920, al ser revocada la licencia de excavación concedida a Fernández López¹¹². El pobre cura salió muy trasquilado de su afición arqueológica, de la que, sin embargo, no curó. Es muy probable que acabase, a pesar de su tozudez, comprendiendo que sus frágiles teorías sobre el circo romano de Toledo y las basílicas de los concilios eran insostenibles.

5. DONDE EL PROTAGONISTA SE ENOJA

Su fracaso arqueológico le envenenó. Y le hizo vulnerable. En un camino sin retorno, Fernández López se metió en los terrenos de la violencia interior y del resentimiento. Frutos amargos de su debilidad y de sus frustraciones. Mal preparado y megalómano, intentó cazar moscas a cañonazos, dejando en libertad, sin freno alguno, una desatinada audacia erudita. Sus abundantes intuiciones, en muchas ocasiones, acertadas y siempre ingeniosas, se malbarataban a causa de su pobre y defectuosa capacidad deductiva; le faltaban paciencia para aprender y genio para idear: ni aprendió método alguno ni fue capaz de articular uno propio. Algunos de esos rasgos se han dado con frecuencia en los ambientes donde se cultiva con descaro la erudición minúscula; pero en don Ventura, debido a sus desequilibrios, el regusto erudito adquirió caracteres grotescos. Los antiguos compadres de la historia local le fueron dando de lado y él reaccionó con virulenta grosería.

En septiembre de 1912 había llegado a Toledo, como secretario del gobierno civil, el notable erudito cordobés Rafael Ramírez de Arellano, que comenzó enseguida una

Cubierta del folleto *La Argamasilla de Toledo*.



importante actividad investigadora y se convirtió en un catalizador del ambiente culturalista ciudadano, fundando, en junio de 1916, con otros eruditos y artistas locales, la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas¹¹³. Las relaciones de Ventura F. López con este interesante personaje comenzaron, al parecer, bastante bien: Ramírez de Arellano le regaló un ejemplar de su libro *Al derredor de la virgen del Prado*¹¹⁴, en el que escribió una amable dedicatoria: “Al distinguido arqueólogo y catedrático D. Ventura Fernández”¹¹⁵. Y bien continuaron hasta, al menos, finales de marzo de 1917, cuando Fernández López felicitó a Ramírez de Arellano por el afortunado descubrimiento de una pilastra¹¹⁶. Pero las cañas se volvieron lanzas. Fernández López, ofendido tal vez por el desdén de los académicos, y presa, en cualquier caso, de su resentimiento patológico, se despachó contra la nueva institución y contra muchos de sus miembros en cinco venenosos artículos que aparecieron en el periódico madrileño *El parlamentario* en febrero de 1918, y fueron recogidos por su autor en

uno de sus acostumbrados folletos¹¹⁷. Más que mordaz, grosero, don Ventura puso en solfa a la academia toledana, que compara a una “reunión de amigos que se junte en una trastienda”¹¹⁸, a algunos de sus numerarios (Juan Moraleda, Adolfo Aragonés, Aurelio Cabrera y Teodoro de San Román), a los que llama “indocumentados”¹¹⁹ y “tontos de remate”¹²⁰, al conde de Casal, académico correspondiente, un “desecho de tinta y cerrado de las Academias de verdad”¹²¹, y, de manera muy distinguida, a su director, Rafael Ramírez de Arellano, al que acusa de incompetencia, presunción, intrusismo y mala fe, y al que dedica, como remate del opúsculo, un escatológico “epitafio”:

*Yace aquí un tal Arellano
que fundó la Argamasilla;
la cosa fue muy sencilla,
expulsola por el ano...
Ante parto tan villano
sonrió todo Toledo,
y el hombre murió del... ledo [sic]
cuando le dio en la nariz...
¡Lector, tapa con el dedo,
no repita el infeliz!*¹²²

Desplantes que irritaron a muchos, con razón o sin ella, pero que, como suele suceder, indujeron en otros una simpatía bastarda, que intentó utilizar al pobre loco como arma arrojadiza para la provocación y el escándalo: una manera cómoda de desmoralizar.

En ese ambiente de mezquindad y de rencores, la agresividad de Ventura F. López se exacerbó. Fruto de ella fue la “nota delatoria” que dirigió al subsecretario de Instrucción Pública denunciando a su seráfico tocayo Ventura Reyes Prósper, director del Instituto General y Técnico de Toledo. Juan Antonio del Val, que halló esta carta de denuncia entre los papeles del expediente profesional de Reyes Prósper, dio noticia de ella en uno de sus artículos: “Se ha casado *civilmente* (subrayado por el denunciante) con una sobrina carnal, al objeto, según es público y notorio de que en su día pueda recaer en ella la viudedad consiguiente, y tal es así que, en efecto, ni un solo día ha vivido con ella, siendo además el supuesto matrimonio por poderes”. Y añade: “esto burla los fines del matrimonio y es una estafa para el Estado”¹²³. A Ventura F. López le sobraba, seguramente, mala intención; pero no le faltaba razón: el apaño o bodorrio había sido doblemente fraudulento, civil y canónicamente¹²⁴.

6. RETRATOS EN BLANCO Y NEGRO DE UN PERSONAJE NOVELESCO

La escasísima calidad de las obras de Ventura F. López explica que, como escritor, no haya tenido nunca fortuna literaria. Pero su pintoresca personalidad — cuando no su extravagancia— le convirtió en sujeto novelesco desde los primeros años de su estancia en Toledo. De esa época data su trato con Vicente Blasco Ibáñez, que, acompañado por el *ex sotana* José Ferrándiz, visitó la ciudad para documentar su proyectada novela *La catedral*: “no tuve inconveniente en servirles de *cicero-ne*”, recordó años más tarde don Ventura¹²⁵. Blasco, que tuvo desde luego otros informadores¹²⁶, se esforzó en ambientar en Toledo dos de sus ideas fijas: la perversidad histórica del clero y la caducidad de la fe católica. “Parece imposible que hayan podido aceptarse tales absurdos durante siglos.”¹²⁷ *La catedral* es una novela de tesis, que su autor pretendía utilizar como una piqueta demoleadora contra la Iglesia católica y la mentalidad tradicionalista de la época. Por eso, se había fijado como objetivo básico la denigración de la memoria del cardenal Monescillo, fallecido en 1897, que había sido un formidable paladín del antiliberalismo. Convirtió Blasco a su novela —de minúscula acción— en un cajón de sastre donde fue recogiendo todos los tópicos del rancio repertorio anticlerical y multitud de chismes y canalleras que los rumores arrastraban. Según afirmó don Ventura, Blasco y Ferrándiz habían recogido la noticia, convertida en certeza, de la existencia de una “*dama encantada*”, barragana del cardenal y mantenida por él en su palacio: “yo les probé que la supuesta no era sino su hija, habida antes de ordenarse Monescillo, en sus tiempos de miliciano nacional, que lo había sido... Es de justicia consignar que Blasco atendió mi indicación, como puede verse en la novela, si no del todo, lo suficiente para deshacer la leyenda.”¹²⁸

Por las razones que fueran, cuando Fernández López leyó la novela, dio en sospechar —y terminó creyendo— que el protagonista de ella, el *rebelde* Gabriel Luna, estaba inspirado por su propia persona: “Soy yo el protagonista de la novela, según vi después de publicada, y le reproché al propio Blasco en Sevilla. [...] porque Blasco (me lo confesó Besteiro, el hoy verbo de la Casa del Pueblo y catedrático de la Central, en Madrid), Blasco se había prendado de mí, hasta el punto de verme una especie de héroe, sólo que no podía explicármese; por

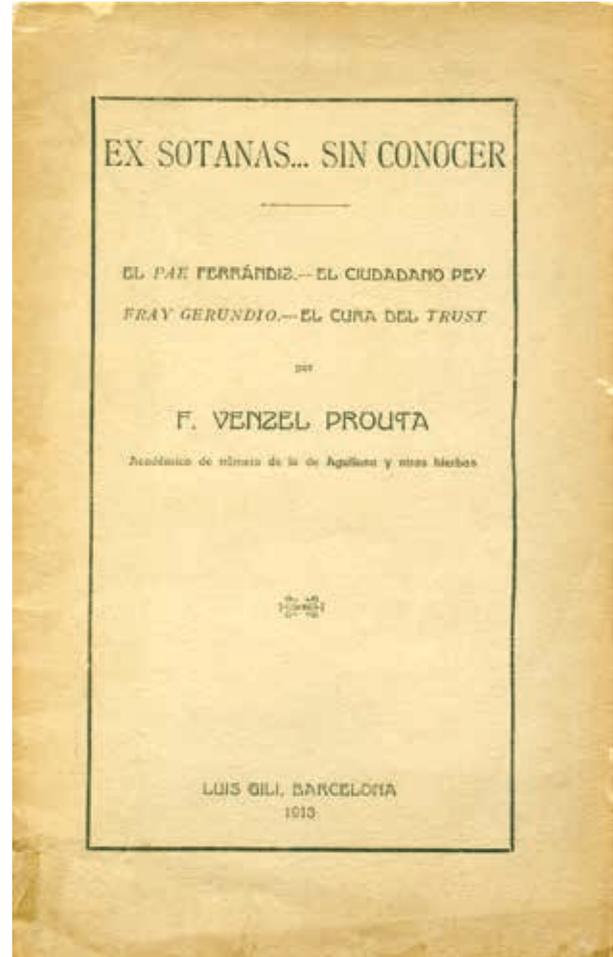
eso decía Besteiro: —Está usted visto bajo tres aspectos en la novela: primero, como protagonista; luego, como poeta, artista en el maestro de capilla, y después, como lo que es usted, como clérigo.../ Y así es, en efecto.”¹²⁹

Pocos detalles de la obra —si no fue su propio deseo— pudieron hacer pensar a don Ventura que él era el protagonista de la novela. Los fundamentos de tal atribución son muy endeble: “rebelde”, “cabeza enferma”, “fantasioso”, “ser misterioso y novelesco”. Más acertado parece reconocer algunos rasgos de Fernández López en la figura de don Luis, el maestro de capilla, “un sacerdote joven, de mucho valor, que aquí está obscurecido; un alma de Dios, al que tienen por un loco en la catedral y vive como un ángel.”¹³⁰ Y hay otro personaje de la novela en el que vemos igualmente trazas de don Ventura; es don Martín, humilde capellán de monjas¹³¹, en el que es muy probable que Blasco haya encajado en simbiosis novelesca los perfiles de Ventura F. López y de José Ferrándiz.

Mucho más claro está el retrato de Ventura F. López en dos novelas de Félix Urabayen. La técnica de este escritor es muy sencilla (lo que no quiere decir que sea fácil), y suele tomar sus personajes del natural, deformando, a veces exageradamente, las claves, lo que las hace, con frecuencia, caricaturescas. Urabayen llegó a Toledo en 1911, como profesor de la Escuela Normal de Maestros, y sintió un apasionado atractivo —no exento de formidables repulsiones— por la ciudad y por su mitología. En otras ocasiones he desvelado algunas de sus claves toledanas, que son muy numerosas¹³². *Toledo la despojada*¹³³, segunda de sus novelas de tema toledano, está fechada en Toledo el 1 de abril de 1923, pero utiliza ampliamente apuntes que el escritor había ido tomando en años anteriores. Es, seguramente, la que concede a sus claves mayor importancia novelesca, hasta el punto de que la obra, de fuerte contenido simbólico, se reduce a una galería de etopeyas. La imaginación del escritor es de vuelo corto, pero posee un extraordinario talento descriptivo, que se pone de manifiesto en sus admirables retratos. El que hace de don Ventura F. López, apenas encubierto bajo el nombre de don Fortunato Campos, es realmente magnífico. Urabayen lleva incluso la clave al nombre de su personaje: *Ventura* le hizo pensar en *Fortuna*, y de ahí nació *Fortunato*.

Don Fortunato Campos es un humilde capellán de monjas, “un pobre fraile exclaustado, que en una sentada se hizo cura de misa y olla”¹³⁴ y que “venía de Madrid

Cubierta del folleto *Ex-sotanas... sin conocer*.



desterrado”¹³⁵. El novelista describe su aspecto exterior con su maestría habitual:

*un hombre de talla media, ni craso ni magro; pero con la curva del vientre bastante pronunciada, la tez biliosa y el empaque de lobo. En compensación, sus ojos azules y cándidos descansan sobre unas ojeras abultadas, ojeras clásicas de cardíaco, según los galenos. El cráneo es piriforme, o, si se quiere mejor, una sandía vista de frente, cuyo pedúnculo termina en la nariz, grande y fina, aunque un tanto caída con ese descuido de las narices esencialmente semitas. Los labios delgados y la boca muy larga buscan con cierta fruición las orejas, como los rumiantes. Unos manteos viejos y muy limpios completan la envoltura externa.*¹³⁶

Es el único personaje de la novela que goza de la comprensión y simpatía del autor: “La aspereza de su

lenguaje, sus rugidos e interjecciones encubrían totalmente la bondad de su carácter y la dulzura de su corazón.¹³⁷ Y, en otro lugar: “Poseía su corazón todos los nobles prejuicios de las gentes nacidas en cuna de oro. No le gustaba adular, pero sí que le adulasen; prefería mandar a obedecer¹³⁸. Toda la ternura que almacenaba su corazón apasionado se vertía en su madre: “Con tal de que la madre conservara su vida fácil, ningún sacrificio le pareció excesivo.¹³⁹ “Aquella alma recta, educada por los dominicos de Ocaña¹⁴⁰, bajo la rudeza exterior encierra un alma de oro. “Todo el estiercol lo volcaba en sus folletos, de léxico agresivo y aviesa intención, o en las conversaciones.¹⁴¹ Pero el novelista garantiza la ortodoxia católica del clérigo: “sus folletos famosos nunca rozaron el dogma.¹⁴² Y también: “Jamás se metió con la religión, pues era sincero creyente¹⁴³. Pero lamenta: “A este corazón con alas de águila habíale convertido la disciplina religiosa en pacífica ave de corral...¹⁴⁴

Urabayen lleva su simpatía hasta el extremo de negar la locura del capellán: “La miopía popular [...] le embala con el acartonado clisé de la locura¹⁴⁵. Porque don Fortunato “nada tenía de loco; estaba bastante más cuerdo que el cardenal que lo trajo a Toledo.¹⁴⁶, lo que encierra una malintencionada alusión al cardenal Sancha. Hay otra destemplada referencia a un arzobispo toledano: “cierto prelado, vano como buen asturiano, y no sabemos si mal cristiano también, negó las licencias necesarias a los famosos folletos.¹⁴⁷; el sarcasmo anticlerical de Urabayen apuntaba en esta ocasión al cardenal Guisasaola, que fue arzobispo de Toledo entre 1913 y 1920.

Pero lo más interesante tal vez, desde un punto de vista biográfico, de las informaciones que nos suministra la novela, sea la benévola condescendencia que Ventura F. López logró inspirar a dos importantes dignatarios eclesiásticos: uno, don Narciso Estenaga, canónigo de Toledo y más tarde, desde finales de 1922, obispo prior de las Órdenes militares (don Narciso Aitor en la novela), “erudito de talla magna¹⁴⁸; otro, un “suave lirio de la Nunciatura” en Madrid, “domador de almas, que después llegó a las más altas cimas de la Iglesia, secretario de la Nunciatura. Con su sonrisa italiana, fina y azucarada, fue amansando al réprobo. Su palabra diplomática curó como un tafetán las heridas del cordero [don Fortunato] que se había echado encima una piel de lobo muy superior a sus fuerzas¹⁴⁹, clarísima alusión al Papa Benedicto XV, que había sido auditor de la nunciatura en España desde 1885 a 1887¹⁵⁰.

Poco a poco, según avanza su relato, el novelista va admitiendo la enajenación de su personaje: “Su última chifladura era escribir un segundo *Quijote* apócrifo, que dejase en mantillas al misterioso Avellaneda¹⁵¹. En las últimas páginas del libro, Urabayen admite sin reservas la locura del capellán, y nos ilustra sobre su disparatada monomanía, que, al cabo, había de resultarle fatal: “Don Fortunato no ve su sotana raída ni su teja pelada, sino que cree llevar sobre sus hombros el honroso peso del capelo cardenalicio.¹⁵²

No agotó Urabayen de una sola vez la riqueza novelesca que le ofrecía Ventura F. López. El personaje regresó a la galería de retratos del escritor en otra novela, *Don Amor volvió a Toledo*, publicada en el verano de 1936¹⁵³, donde Urabayen completó el que había hecho en *Toledo la despojada*. En *Don Amor...*, la caracterización del clérigo está menos ceñida al natural, es más suelta, y resulta, por eso, más literaria. Pero el autor incide en las extravagancias del personaje, al que hace traspasar las fronteras de lo estrafalario para mostrarle como plenamente chiflado:

Don Inocente Meneses era sacerdote, coadjutor de la parroquia de Santa Leocadia y capellán mozárabe de la catedral [...]. Ante la sociedad fue siempre un rebelde [...]

Era don Inocente Meneses de Orgaz alto, seco y sarmentoso; todo ángulos y esquinas que la sotana llenaba cautamente. Durante los primeros cinco minutos de conversación a todos parecía suave y afable, pero en cuanto el trato íntimo raspaba esta corteza superficial de la cortesía, era sencillamente inaguantable. [...] la locura avizoraba el momento propicio de caer sobre su cerebro. Por lo demás, nadie le negara virtudes; casto, sobrio, humilde con los humildes y para ellos paciente y limosnero. [...] su cuerpo sentía necesidades mínimas: dos panecillos, tres cafés y algunas sardinas saladas de añadidura bastábanle, como a su modelo don Quijote [...]. Vivía solo, y muy a gusto por cierto, sin criado ni mujer que le atendiese, cuidando él mismo de sus necesidades más perentorias [...].

Tenía su casa enclavada en la plazuela de las Capuchinas [...]. La chismorrería clerical, personificada en piadosas beatas y liberales ingenuos, atribuía a esta vivienda mil historias absurdas lindantes con la tragedia [...]; mas lo cierto es que allí no se manejaba otra arma que la pluma, retadora y tajante como una espada, [...], ni se tundían otros cráneos que los aca-

démicos y eruditos, siempre disconformes con los luminosos descubrimientos de don Inocente Meneses. Aparte la falta de limpieza, no existía en Toledo morada más atrayente, más original ni más callada y discreta. [...].

[...]. Don Inocente creía en la Santísima Trinidad y en todos los santos y vírgenes de la corte celestial, pero odiaba a los integristas, a los neos [...].

[...] una tumba visigótica y no una tumba cualquiera, sino el sepulcro auténtico del gran Recaredo, sobre cuya losa, tan dura como venerable, dormía el [...] erudito [...].

Don Inocente había hallado dicho sepulcro, excavando por su cuenta y riesgo, sin ayuda del Estado, en las cercanías de Santa Leocadia. Sacó el esqueleto, también sin auxilio ajeno, enterró la regia momia en un nicho cercano a la Vega Baja y volviendo al sarcófago desarticuló las godas losas, se las trajo a casa y tornó a reconstruir lo que en adelante sería una cama ideal arqueológicamente considerada.¹⁵⁴

El oportunismo del escritor es evidente. Su retrato del clérigo, aun teniendo en cuenta sus claras deformaciones, resulta sugestivo y esclarecedor. La cercanía — que no nos atrevemos a llamar amistad— que endulzaba los rasgos de don Fortunato Campos parece mantenerse en la semblanza del cura Meneses. No he recogido ningún testimonio que me permita, siquiera sospechar, cuál pudo ser la reacción de don Ventura ante estas desenfadas etopeyas. Que el novelista utilizaba despiadadamente, como arma arrojadiza para irritar a la mentalidad pequeñoburguesa toledana, que tanto había sufrido y tanto había reído con las excentricidades y extravagancias del cura loco. Independientemente de la simpatía personal —muy dudosa— que Urabayen pudiese haber sentido por Ventura F. López, está claro su propósito de utilizar la figura del sacerdote díscolo como maza moral para golpear al tradicionalismo toledano. El afán demolidor del novelista, al que se han buscado explicaciones globales de matiz regeneracionista, tenía también componentes psicológicos de oscura y honda conflictividad.

7. VENTURAS Y DESVENTURAS DE UN CABALLERO ANDANTE

A su pasión arqueológica unió Fernández López otra no menos dramática: la cervantista. La afición cervantina tenía en él raíces antiguas; era lector frecuente del *Quijote* y se sumó a los actos conmemorativos del centenario

Pretendida caricatura de Miguel de Cervantes



de 1905 con el cuadro teatral *Don Quijote y su escudero*, que ya hemos comentado. Un fruto sustancioso de esas celebraciones fue la publicación de la biografía de Cervantes escrita por Francisco Navarro Ledesma¹⁵⁵, al que posiblemente conocía y había tratado don Ventura en Toledo. El libro de Navarro fue el complemento feliz de la novela en las lecturas cervantinas del clérigo. Que en 1910 publicó en una revista madrileña el estrafalario artículo “Cervantes en infantería”¹⁵⁶, en el que se empeñaba en demostrar que el novelista había sentado plaza de soldado en el alcázar de Toledo, en la leva de 1565. Su atrabiliaria argumentación fue refutada años más tarde por uno de sus “amigos” toledanos, el militar y académico Hilario González, en un erudito artículo¹⁵⁷ que fue el clarín que abrió el palenque toledano de la conmemoración del III centenario de la muerte de Cervantes.

En él entró enseguida don Ventura F. López con una serie de artículos que enjaretó en *El castellano* desde finales de abril a primeros de junio de 1916. Escocido por la fuerza que a sus audaces elucubraciones hacían los datos documentados, se quejaba de que “lo que se trata en estas conmemoraciones o “centenarios” de los genios es de lucir su erudición a costa de ellos, los que carecen de imaginación y talento para hacer obra perdurable.”¹⁵⁸ Y dio rienda suelta a su exaltada fantasía; en ocasiones, con notable agudeza y brillantez. El *Quijote*, según él, habría supuesto el triunfo del personaje sobre el autor, “un desairado de su patria que se venga como puede de los que la personificaban”¹⁵⁹. Tomando al pie de la letra

el subterfugio cervantino de los mamotretos arábigos, se atrevía a asegurar que la idea principal de la novela no era obra de Cervantes “sino de los rebeldes moriscos de Toledo.”¹⁶⁰ El artículo produjo, al parecer, algún escándalo, y don Ventura insistió en su tema con otro del mismo título¹⁶¹ en el que vuelve a atribuir la creación del ingenioso hidalgo a “los enemigos de la patria [los moriscos] para sacarse la espina de las Órdenes Militares.”¹⁶² La verdadera creación de Cervantes sería Sancho. Y siguió así, discreteando y disparatando al mismo tiempo, en sucesivos artículos. Todo en la primera parte del *Quijote* lo juzga toledano, obra de “*el señor vulgo morisco* de la Alcaná de Toledo”¹⁶³, que habría servido a Cervantes para instrumentalizar su venganza de resentido¹⁶⁴. Considera anagrama el nombre de Cide Hamete Benengeli y lo descifra con su habitual desenfado: “dice heme bien la gente”¹⁶⁵, de cuya incomprensible lectura saca las consecuencias que le interesan. Don Ventura veía a Cervantes a través de su héroe y le desagradaba el aspecto semita del retrato de Jáuregui; confesando su admiración por el escritor, aseguraba que su novela era “la obra del Renacimiento; justamente lo contrario de lo que representa y significa el ideal cristiano.”¹⁶⁶ El anticlericalismo cervantino estaría en relación con la primera fase de la mentalidad reformista. Y aprovecha el supuesto progresismo del escritor para ironizar sobre el progresismo político contemporáneo: “nuestros progresistas de hoy: sacristanes casi todos al principio, y luego de fracasar, maestros de los clérigos.”¹⁶⁷

La imagen de don Quijote que acuñó don Ventura tenía mucho del propio ideal del clérigo, que entendía la religión de manera caballeresca¹⁶⁸: “¿Qué era entonces el alma de “Don Quijote” sino el alma de las Órdenes militares?” El ideal del caballero fue “ese alto ideal de la Iglesia católica, vencido con todo por el bachiller Sansón Carrasco, trasunto del Renacimiento”¹⁶⁹. Católico y patriota, don Ventura mantenía la esperanza en la restauración del espíritu de don Quijote, que supondría la resurrección del espíritu español y la superación del Renacimiento. Seguía siendo, pues, un regeneracionista hacia atrás, un estricto tradicionalista. De momento, mientras esa restauración llegaba o no, el ejemplo a seguir era el pueblo alemán: “¿Quién es hoy “Don Quijote” sino ese invicto pueblo en lucha con el mundo entero, siempre vencedor y siempre adelante?”¹⁷⁰ El germanismo de don Ventura, que hallaba fuentes cordiales en su militarismo social, le llevó a ver en el *Quijote* “una profecía

del porvenir de España”: “sólo logrará resucitar a España el que la salve del influjo encantador de Francia”¹⁷¹. Por esos mismos años, y en la misma Toledo, compartía ese ideal profético otro germanista formidable, Eloy Luis André, profesor, pensador y patriota. No he llegado a saber si se trataron. En cualquier caso, su talante era distinto. Fernández López fue un liberal de raíz, que valoraba sobre todo la garantía que el catolicismo ofrece a la libertad individual, imponiendo la responsabilidad al ciudadano a cambio de asegurar “su libertad de acción dentro del Estado.”¹⁷² Esa mentalidad le puso en guardia ante el incremento del irracionalismo ideológico que había surgido como reacción a los idealismos del siglo XIX. Por eso, toma una actitud acorde con un ideal de liberalismo católico, opuesto al socialismo de Estado y distanciado de los modelos alemán y británico: “aunque triunfe Alemania, no triunfará su imperialismo”, como no había triunfado el imperialismo británico¹⁷³. Cree ver, con gozo, una reconstitución del papado: “esa es la fórmula de la iglesia; ese es el gobierno de San Pedro.”¹⁷⁴ Cuando la primera gran guerra estaba sólo mediada, don Ventura afirmaba: “todos nos hemos equivocado”. Alejado, al parecer, de los dos bandos —de las dos filias—, sólo conserva intacta su fe en los designios providentes de Dios¹⁷⁵.

Sobre el tema general “Cervantes en Toledo” publicó otros seis artículos¹⁷⁶, en los que dio a conocer un documento del *Becerro mayor* del archivo de Santo Domingo el Real referente a una casa que poseía doña Catalina de Vozmediano, abuela de la mujer de Cervantes, en la colación de san Lorenzo, en el toledano barrio del Andaque. Don Ventura estaba muy orgulloso de este descubrimiento y se había convencido de que en esa casa había escrito Cervantes la primera parte del *Quijote*, entre septiembre y octubre de 1604. No le faltaban agudeza ni información, pero le sobraba, como casi siempre, fantasía. Eso mismo refleja una curiosa anotación manuscrita en los márgenes inferiores de dos páginas del libro que le había regalado y dedicado Ramírez de Arellano¹⁷⁷; a propósito de frey Cristóbal de Vozmediano, escribió don Ventura: “(¡ojo!) + Este es el hermano de Catalina de Vozmediano abuela de la mujer de Cervantes, cuyo *pariente próximo* D. Alonso de *Quijada* y Salazar (con Gonzalo de Salazar estaba casada D^a Catalina) [tachado: “caballero de Santiago”] tomó el tipo Cervantes para *Don Quijote*.” [Sobre tres líneas tachadas, sigue una escritura posterior]: “Como tomó de tipo para Aldonza

Lorenzo a Sta. Teresa a quien tuvo que conocer en 1579 al fundar su convento de Malagón (Véase su retrato en el capítulo XX del Quijote) el rector de Torralba” [sigue la inscripción primitiva]: “Frey Cristóbal de Vozmediano — Ventura F. López [rubricado].”

El animoso cervantista consultó entonces las declaraciones para el catastro del marqués de la Ensenada, en la delegación de Hacienda de Toledo, hallando las del mayorazgo de los Quijada, en Esquivias; viajó incluso a este pueblo y comprobó “sobre el terreno” los datos de la declaración. Hizo públicas las informaciones en un folleto de 13 páginas, cuyo prólogo (“Al lector”) está fechado en Toledo, en marzo de 1922¹⁷⁸. Fiel a su peculiar manera de sacar conclusiones a su gusto, don Ventura dio por sentado que Cervantes había “soplado la dama”, Catalina de Salazar, a su primo y prometido, Alonso Quijada, quien, como consecuencia de ese desaire, se había vuelto loco.

El recuerdo de don Alonso Quijada de Salazar le sirvió para hilvanar la estrambótica novelita *Don Alonso Quijano el Bueno*¹⁷⁹, en la que hace resucitar al viejo Quijote y lo lleva, desde Esquivias a Toledo, junto a un ingeniero inglés —nuevo Quijote— al que acompaña un escudero jerezano¹⁸⁰. El relato, con el que intentaba glosar y popularizar algunos de sus “afortunados descubrimientos” cervantinos, está lleno de claves, muchas de las cuales son descifrables. Algunas de ellas nos acercan a otra de las peregrinas excentricidades de don Ventura, “los caballeros guzmanes”, de cuya fundación estaba especialmente satisfecho¹⁸¹. En esa especie de nueva orden militar, que parece haber ideado alrededor de 1920, pretendía dar salida a sus impulsos caballerescos y armonizarlos con sus nostalgias dominicanas. La palabra *guzmán* le fue siempre muy grata, porque asociaba el apellido de su venerado santo Domingo y la significación gótica de *hombre bueno* (*vir bonus*), en la que integraba la viril impetuosa caballerescas y el sentido penitencial del monacato. Se inspiró claramente en la orden tercera de los dominicos, “terciarios seculares, mezcla de monjes y guerreros del estado llano.”¹⁸² Él mismo era terciario dominico, según pone de manifiesto en su embarullado folleto *Santo Domingo canónigo de Toledo*, en el que intenta probar tres de sus ingeniosas hipótesis: que santo Domingo había sido canónigo del cabildo toledano, que su primitiva fundación fue la de los terciarios, cuando era caballero de la orden de Santiago, y que las dueñas del convento toledano de santo Domingo el Real eran, en realidad, ca-

nónigas agustinas sujetas libremente a la orden de Predicadores¹⁸³. Para don Ventura, santo Domingo había sido, en el siglo XIII, el continuador de la obra evangelizadora del apóstol Santiago. Es posible que el jerezano marqués de Torresoto, a quien dedicó la obra, fuese uno de esos caballeros guzmanes. En Toledo, *los guzmanes* reciben al inglés y a sus dos acompañantes. Y recrean, en muy pequeña escala, el episodio de los duques aragoneses de la segunda parte del *Quijote*. Ahora, la que recibe al caballero andante en su palacio de Toledo es la condesa del Brule, madre del juez Paco, el atlético jefe de los guzmanes toledanos. Para que nada falte, se hace intervenir también al capellán de la condesa, don Juan, que, en parte, es una imagen del propio don Ventura.

La condesa del Brule era, en realidad, la vizcondesa de Van-den-Brule, doña María de la Saleta Cabrero, toledana, que tenía entonces poco más de cincuenta años. Vivía en una casona hidalga, en el número 2 de la Hospedería de San Bernardo; era muy religiosa y tenía un oratorio privado, cuyo capellán, don Juan Bautista Valle Montero, residía en la casa. Doña Saleta fue, en su tiempo, un personaje popularísimo en la ciudad. Se había casado muy joven, con un noble de origen flamenco, el vizconde Adolfo van-den-Brule, de quien tuvo dos hijos, José y Alfredo. El matrimonio fracasó muy pronto, y la vizcondesa, en enero de 1892, acudió al juzgado para que se le permitiese abandonar el domicilio conyugal, pues pretendía demandar el divorcio ante el tribunal de la Rota. El juzgado la depositó en casa de su padre, el diplomático Pablo Cabrero, hasta que, en 1898, el tribunal eclesiástico le concedió el divorcio¹⁸⁴. Vivió muy piadosamente. Pero no faltaron lenguas ociosas que pretendieron injuriarla, dando ocasión a que tuviera que intervenir en su defensa, muy enérgicamente, el arzobispado de Toledo¹⁸⁵. En el año de la publicación de la novelita, José van-den-Brule y Cabrero —el Paco de la narración— era juez municipal y encargado del registro civil de Toledo¹⁸⁶; su hermano Alfredo, también abogado, era cabo del partido judicial de Toledo y poseía un automóvil dedicado al servicio público; fue años después, y hasta abril de 1931, alcalde de la ciudad, uno de los más queridos —y de los pocos recordados— de la historia del municipio¹⁸⁷.

Fernández López insertó, como apéndice a su novelita, tres “ilustraciones”, que reproducían otros tantos artículos suyos aparecidos en la prensa de Madrid. En ellos creyó haber probado que, en un lienzo de la facha-

da de la catedral que da a la plaza Mayor, hay pintada una caricatura de Cervantes, formando parte de un *visor* universitario de 1608¹⁸⁸; que la llamada casa del barquero, al final de la calle del Barco, era la que habitó el novelista y donde escribió, al menos, el prólogo de su gran novela¹⁸⁹, y que la leyenda de Margarita la tornera había sido un episodio milagroso ocurrido a principios del siglo XVII en el convento de santo Domingo el Real¹⁹⁰.

Es posible que la relación con los *guzmanes* de Jerez de la Frontera, que ignora dónde y cómo se había establecido, le animase a solicitar el reingreso en el profesorado de enseñanza media, pretendiendo la plaza del instituto de Cádiz¹⁹¹, que le fue concedida por Real orden del 23 de mayo de 1923¹⁹². Ya en Cádiz, fue nombrado igualmente profesor de las escuelas normales del magisterio. Tengo muy pocos datos de este periodo de su vida. En su breve opúsculo *El templo de Melkart en Toledo*, alude a excavaciones suyas en la bahía de Cádiz, en busca de restos fenicios y tartésicos en la desembocadura del río Guadalete¹⁹³. Dice haber encontrado “entre Jerez y Puerto de Santa María uno de los ex votos” que se ofrecían a Melkart, “un aerolito en forma de cabeza de carnero”, que regaló al museo Vaticano. Sus peculiaridades le hicieron enfrentarse al obispo de Cádiz, don Marcial López Criado, y dieron lugar a la instrucción de un expediente disciplinario que se resolvió con su separación definitiva del profesorado en julio de 1926¹⁹⁴. Don Ventura achacaba la pérdida de su cátedra a la incomprensión que había suscitado su regalo del aerolito¹⁹⁵.

Durante estos tres años de profesor en Cádiz, no perdió la relación con Toledo. Su trajín cervantino dio nuevos frutos: en 1925, *El proceso del “Quijote”* y, en 1926, *La Argamasilla de Cervantes*¹⁹⁶. En el primero, se arrancó con una breve declaración a tono con su pintoresco estilo: “Al lector:/ Pedía a Dios no morir sin aclarar el enigma del “Quijote”, y al parecer me lo ha concedido./ Lo que quiere decir que poco me queda por ver en este mundo./ Por tanto, ahí queda eso, y luego que los cervantistas todos me pasen la cuenta.” Con eruditas razones¹⁹⁷, pero también con caprichosa argumentación, don Ventura cree desvelar el auténtico sentido de la gran novela: la verdadera pretensión de Cervantes, en la primera parte, habría sido desacreditar “las *caballerías a lo divino* de Teresa de Jesús y de Íñigo de Loyola”¹⁹⁸ y burlarse con sarcasmo de la inquisición y de los dominicos, al tiempo que hacía una crónica resentida de sus desdichas

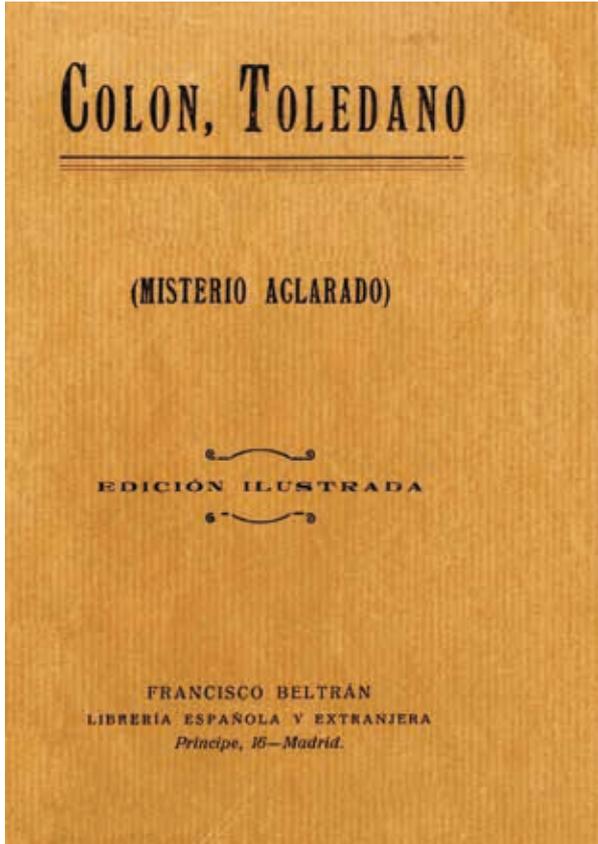
familiares; la segunda parte habría supuesto un cierto arrepentimiento del escritor, que se acentuó después en el *Persiles*¹⁹⁹. Para él, Cervantes “no era protestante, sino renacentista”²⁰⁰. Y concluía: “El *Quijote* es la obra del pueblo; la cifra del estado social de España en el siglo XVI, cuando pugna por abrirse paso al Renacimiento: Y Cervantes, un amargado que resulta padrastro, en vez de padre, de *Don Quijote*, como él mismo confiesa.”²⁰¹

La Argamasilla de Cervantes es un puro disparate. Un delicioso disparate. Identifica la academia cervantina con la rebotica de Diego Rivera²⁰², en la toledana travesía de la Campana, y va descubriendo a los encubiertos académicos en glosas que hace a cada uno de los poemones con los que remató Cervantes la primera parte de la novela. Salen a relucir Lope de Vega, El Greco, el propio Cervantes, el doctor Belluga y el boticario Rivera. Ya puesto, aprovecha para identificar a tres personajes desconocidos retratados por El Greco, a los que hace corresponder con Cervantes, Belluga y Rivera. Su afán descifrador es compulsivo. Y es lástima que su agudeza y su interés no encontraran en él mayor prudencia.

8. NUEVOS SUEÑOS DEL CABALLERO

Metido en ese terreno de delirio erudito, don Ventura hallaba en Toledo sugerencias por todas partes. En 1927 le llegó el turno a Cristóbal Colón, al que hizo toledano de rancio linaje, dando así por resuelta la debatida cuestión de sus orígenes oscuros. El pequeño folleto en el que expuso sus atropelladas conclusiones²⁰³ fue ampliado un año después en edición madrileña, aunque impresa en Toledo, adornada con cuatro láminas fotográficas²⁰⁴. Se trata de un apretado revoltijo de agudos disparates, adobados con una erudición estrafalaria, en el que extrema su afición a descifrar criptogramas que previamente inventa. El resultado de sus cábalas le condujo a creer que Colón se llamaba, en realidad, Miguel Illán Fonterrosa, y que era hijo de don Gutierre Álvarez de Toledo, arcediano de Guadalajara y, entre 1442 y 1446, arzobispo de Toledo, y de una morisca llamada Rosa o Rosanna. Lanzado por esta pendiente, don Ventura sospechaba que Colón había muerto en Toledo, víctima de las iras del rey Fernando, y que había sido enterrado en la iglesia de san Román, en la capilla propia de los Illanes. Pudo ver las momias famosas de esa iglesia parroquial y creyó hallar entre ellas el cuerpo del almirante, “al cabo de cinco siglos, intacto, momificado”²⁰⁵, “de expresión tan dura su rostro que mete miedo...”²⁰⁶

Cubierta del folleto *Colón toledano Misterio aclarado*



Colón, toledano es, posiblemente, el folleto en el que se revelan mejor las cualidades y las carencias eruditas de Ventura F. López: observador minucioso, muestra estupenda memoria y constante, pero indiscreta, reflexión; carece de talento deductivo y oscurece y embrolla los razonamientos; su crítica es arbitraria y sus conclusiones suelen ser infundadas, precipitadas y caprichosas. Aunque resulta agudo y penetrante, su escasísima higiene intelectual le hace perderse en los caminos del discurso.

Posiblemente influenciado por el significado de su propio nombre, Fernández López estaba convencido de su suerte arqueológica, de su *buena ventura*. Durante sus años de profesor en Cádiz buscó las huellas de Tartessos entre Jerez y El Puerto de Santa María, pero no pudo hallar “su célebre templo de Melkart”, que los griegos dedicaron a Hércules. Una feliz casualidad le hizo creer que lo había encontrado en Toledo, en la llamada cueva de Hércules, en la calle de san Ginés: “yo no la había visto hasta que les dio la ocurrencia a dos aficionados de empezar a limpiar de escombros su entrada, que vi que

se trataba [...] de un templo fenicio completo [...] con su zigurat y todo”. En el brevísimo folleto que publicó sobre él²⁰⁷, reproducía la planta del templo y desvelaba su simbología, rematando sus conclusiones de manera aplastante: “Creemos haber descubierto el más antiguo [templo] de Europa, pero desde luego el más interesante, porque nos revela que su religión es de origen sabeo, y su cultura la de los españoles o tartesos que dominaron los fenicios.”²⁰⁸ Su afán de notoriedad está en la base de esas audacias descubridoras. Que de muy poco le servían. Entre 1927 y 1929 se realizaron tres campañas de excavación en el circo romano de Toledo, de las que dio cuenta uno de los miembros de la comisión de excavaciones en una curiosa memoria²⁰⁹. Ni una sola vez se cita en ella a don Ventura. Estos desdeñosos olvidos, que le negaban en absoluto categoría científica, lo desazonaban. Y alimentaban su rencor.

Así, se iba hundiendo más y más en el peligroso terreno de las adivinaciones ingeniosas y visionarias. Tentado también por la figura del Greco, amplió detallándolos los resultados parciales que había adelantado en *La Argamasilla de Cervantes*, llegando al extremo de identificar a muchos de los personajes retratados en la zona inferior del *Entierro del señor de Orgaz*²¹⁰. Siguiendo el desarrollo de una de sus intuiciones históricas habituales, interpreta el cuadro “como burla sangrienta”²¹¹ que simbolizaría “el entierro de la tradición española”²¹² (representada por los *hombres buenos* o *guzmanes*, cuya jefatura adjudica al señor de Orgaz), arrasada por la política real, desde los Reyes Católicos a Felipe II. Sobre esta base, formula una “identificación”, como siempre, caprichosa e inconsistente, de los personajes retratados en el cuadro, a los que hace miembros de un amplio movimiento político e intelectual, “según el antiguo sentir español”²¹³, opuesto a la “dictadura” de Felipe II. Pero, en esta ocasión, no anduvo solo. Un amigo suyo, Antonio Weyler, hijo del anciano general, aficionado también a las empresas eruditas, publicó bajo seudónimo un artículo en el que se proponía los mismos objetivos²¹⁴, aunque los resultados divergían. Weyler basaba sus afirmaciones en unos pretendidos signos e inscripciones, casi microscópicos, que decía haber descubierto en los ropajes de los retratados. Su artículo, publicado en un diario madrileño, produjo cierto revuelo²¹⁵. Que en Toledo fue aprovechado por un redactor de *El castellano* para realizar una entrevista explicativa a don Francisco de Borja de San Román, conocido especialista en los estudios sobre el pintor²¹⁶. San Román se extrañaba de que un “hombre tan

comedido y escrupuloso” como Formentor, cuyo nombre no desvela, hubiese cometido la insensatez de “aventurarse a lanzarlos [sus pretendidos hallazgos] a la publicidad sin meditar lo que hacía.”²¹⁷ Denunciaba también “la serie de incongruencias históricas que contiene el artículo” de Formentor y llegaba a creer que todo había sido “un amaño pseudo erudito para convencer a incautos.” Ignoro si hubo alguna respuesta de Antonio Weyler. Don Ventura, escamado por la dureza crítica de San Román, envió al periódico otro comunicado, en el que, sin ningún brío, remató la polémica diciendo: “Pues entonces no voy yo tan descaminado en mis adivinaciones”²¹⁸.

Ya sexagenario, el humilde capellán toledano continuaba, a su modo, dando la nota. Fue por ese tiempo previo a la proclamación de la II República cuando su ideología sufrió una aguda crisis formal. Los años del Directorio del general Primo de Rivera fueron el canto del cisne del regeneracionismo español; al menos, en lo poco que tenía de ideológico y en lo mucho que arrasaba de sentimental. ¡La regeneración! Otro sueño infucundo se extinguía, dando lugar a un nuevo desengaño. En la evolución del pensamiento político de Ventura F. López, lo que cambia es la forma (carlismo, posibilismo dinástico, dirigismo autoritario, república o dictadura), pero permanece pujante el tradicionalismo ideológico, bien sustentado por su temperamento y por su formación juvenil. Su tradicionalismo, que no parece haber perdido sustantividad, se fue alejando de referencias doctrinales y acentuó las notas íntimas y temperamentales. Fue su desilusión ante el fracaso global del regeneracionismo lo que arrastró a Fernández López al republicanismo y a la izquierda, en un nuevo proceso —ya ciertamente desesperado— de buscar ilusiones salvadoras y de expresar violentamente su resentimiento político.

Su posición ideológica, aunque minoritaria en el clero, no debió de ser única. Antonio Ballesteros Beretta recogió, con cautela, la noticia que “aseguraba, no respondiendo del rumor, que presbíteros toledanos habían votado, con papeleta abierta, la república”²¹⁹. ¿Estuvo entre ellos don Ventura? Es muy probable que sí. Julio Porres, siguiendo informaciones de Guillermo Téllez, afirmó que había salido “de su casa por la ventana en vez de por la puerta para celebrar la proclamación de la república”²²⁰; algo imposible, desde luego, porque la gran ventana de su casa tenía —y tiene todavía— fuerte reja. Pero sí que resulta creíble que el clérigo se sumase a las alegres celebraciones de los primeros días republicanos²²¹.

El furor publicista del escritor decae en adelante. Pero seguía delirando, como demuestra una extravagante carta suya dirigida a la Academia de la Historia, en la que ofrece una nueva interpretación de las ruinas del circo romano: “no es tal Circo; pero tampoco las Basílicas de los Concilios, como yo había dicho aunque sí de la Cruz./ Es sencillamente un reloj solar como el templo de Biblos fenicio, en relación con la puerta de doce Cantos... o Santos, pues el sol lo parte en Cruz desde ella.”²²²

No me ha sido posible encontrar evidencias del carácter de la ideología republicana de don Ventura. Hay sólo un documento que ofrece cierta luz: en los primeros días de abril de 1936, seis vecinos de Toledo se dirigen al alcalde de la ciudad solicitando “las losas sacrosantas de la Catedral arrumbadas en el Hospital de Santa Cruz” para embaldosar con ellas cinco metros cuadrados de la plaza de Padilla, donde pensaban instalar un monumento al “inmortal” jefe comunero²²³. Se invocaban en el escrito “la Victoria [del Frente popular] del 16 de febrero”, “el espíritu de los Comuneros de Castilla” y “el imperialismo de Carlos V”, y se calificaba la petición de “netamente libertadora”. Firmaban la instancia Ramón Martín de Vidales, Mario Coba, Julián García, Aureliano Huertas, Ventura F. López y Mariano Domínguez. Acompañan a las firmas seis sellos tampones: tres de ellos, particulares (los de Aureliano Huertas, Julián García y Mario Coba, que era librero de viejo); los otros tres sellos corresponden a la “Agrupación de cocineros y similares”, a la “Liga de inquilinos de Toledo” y al “Comité provincial del Partido de Unión Republicana”²²⁴. Aureliano Huertas pertenecía a este pequeño grupo político, de origen republicano radical, integrado en la coalición electoral frentepopulista. ¿Simpatizaba don Ventura con ese partido?

9. DONDE EL PROTAGONISTA DESCANSA DE SUS AJETREOS

De la actuación de Ventura F. López en el verano de 1936 recibí, hace ya muchos años, ciertos ecos. Pero ninguna referencia segura. ¿Se significó? No lo sabemos. Tampoco, si fue utilizado, como apuntaban los rumores. Cuando entraron en la ciudad las tropas nacionales, debió de ser denunciado. Fue detenido y confinado en su domicilio. Seguramente, lo habría pasado mal de no mediar su condición de sacerdote. La solución de declararle loco y encerrarlo en el Nuncio —el famoso manicomio toledano— debió de suponer un alivio para casi todos; era, como muy poco, ganar tiempo. La orden

Fachada principal del hospital del Nuncio.



del comandante militar de Toledo, teniente coronel Heli Rolando de Tella, al director del manicomio era concisa e inequívoca: “Se servirá usted admitir a Don Ventura Fernández López [...], disponiendo su reconocimiento y asistencia en calidad de perturbado; manifestándole que tiene también el carácter de detenido.”²²⁵

Cuatro meses después, el médico director, don Gonzalo Pulido, escribió un informe sobre el estado de salud del clérigo. La simpatía del médico por el enfermo es evidente: “D. Ventura es un tipo conocido por todos los toledanos, y una figura popular, que llamó siempre la atención de todos por su léxico, por su indumentaria, género de vida extravagante, y costumbres un tanto raras.”²²⁶ La observación del enfermo había dado buenos resultados: “se ha manifestado siempre tranquilo, sin impulsiones de ninguna clase, con buen apetito y durmiendo bien.”²²⁷ El diagnóstico fue: “síndrome confusional de tipo parafrénico, y que tiene por fondo un cerebro senil. [...] de curso progresivo, pero de marcha lenta.”²²⁸ En consecuencia, “podría vivir en sociedad, si tuviese familia que velase por él, pero como esto no es así, debe continuar en el Manicomio, o pasar al Asilo Provincial”²²⁹. Ante ese dilema, el gobernador militar, Fuentes, decidió que continuase en el Nuncio²³⁰.

No hay duda de que en el manicomio fue bien tratado. Y de que mantuvo, en lo posible, su mismo humor

extravagante pero agudo. El psiquiatra encontraba “admirable la memoria de D. Ventura por lo que se refiere a la evocación, [...], estando los recuerdos unidos de un modo normal [...] aparece como hombre de gran erudición.”²³¹ Pero la asociación de ideas, rapidísima, era defectuosa: “su cultura y facultades psíquicas normales le conducen, por una elaboración defectuosa, a formar juicios deformes”²³². La misma problemática de siempre. Recién llegado al hospital, el impenitente e ingenioso erudito presentó un escrito al director en el que recordaba que el centro había sido fundado por don Francisco Ortiz, nuncio apostólico y, como tal, según él, ciudadano del Vaticano; “y por

esta razón saca la consecuencia de que todos los acogidos en esta Casa tienen derecho a pedir les nombren también ciudadanos del Vaticano, y de aquí su escrito en el que solicita la extraterritorialidad.”²³³

No sabemos en qué grado se mantuvo atento a la información general. Parece que leía algún periódico y, posiblemente, escuchaba a veces la radio. Dirigió varias notas al director y escribió algunas cartas y poesías. Creemos que las cartas no fueron enviadas. Don Gonzalo Pulido tuvo la buena idea de unir esos escritos a la historia clínica y conservarlos en el expediente de don Ventura. A ese cuidado debemos curiosas noticias biográficas, que exponemos a continuación siguiendo el orden cronológico de los acontecimientos:

Siendo corista en el colegio dominico de Ocaña, Ventura F. López tuvo una visión, que él creyó mística, que “a nadie hasta hoy he revelado, pero que es necesaria para salvar la Iglesia, en este fin del mundo, como reconoce el Papa, a quien suplico Vuestra Eminencia advierta.”²³⁴ Esa pretensión de salvar a la Iglesia aparece en muchos de sus artículos y en algunos folletos y tuvo, posiblemente, carácter obsesivo, aunque sólo se manifestó, que sepamos, en la extraña fundación de los *caballeros guzmanes*. El relato de la visión es confuso y, tal vez, incompleto: “En efecto, como llevado de un cabello, cual el profeta, vi *realmente* a Elías en el Paraíso, quien se

alegró al verme... sin duda por mi nombre *Ventura*; y esto revela que soy el que había de proclamarle..."²³⁵ Gran parte de su vida, don Ventura estuvo convencido de que tenía dotes proféticas y de que era un vidente. En carta al arzobispo Pla y Deniel, dice: "He aquí lo que el Espíritu me dicta, y dicen que soy vidente... [...] el Papa, *éste está salvado en España, según yo había predicho...*/ Y no pido nada por este anticipo, sino hacer constar que he acertado en lo que vengo pregonando desde hace años y sufriendo el estigma de loco que resignado acepto."²³⁶

Fernández López estaba convencido de que habían sido las consecuencias de esa visión las que le habían "perdido para toda su vida"²³⁷, al haberle empujado a la tarea gigantesca de intentar salvar a la Iglesia. Para ser fiel a esa misión lo había abandonado todo y había tenido que sufrir incomprensiones, calumnias y burlas. Conservaba recuerdos amargos de su estancia en Manila, donde "era particularmente odiado por españolista" y por haber pronosticado la insurrección de los tagalos²³⁸; esa experiencia le produjo un rencor cercano al odio, que había vertido en su poema *La rota*²³⁹, "tomado en consideración por la Academia de Suecia para el premio de literatura a primeros de siglo"²⁴⁰; su deseo de revancha, manifestado con claridad en el poema, le hace pedir a Franco que, aliado con los japoneses, dé cumplimiento a la venganza. Animado por esas emociones, escribió un soneto dedicado al general Franco, cuyo manuscrito regaló al doctor Pulido con cariñosa gratitud: "Amigo Don Gonzalo: No sé si este soneto que a Franco dedico es el *canto del cisne*./ A mí me parece el mejor que hice (y tengo un libro de ellos) por lo que quiero que usted lo guarde como recuerdo, en pago de las muchas atenciones que le debe su devoto capellán *Ventura F. López*"²⁴¹. El soneto, que es, en efecto, pese a su mediocridad literaria, de lo mejor que había escrito, está lleno de alusiones santiaguistas, y muestra un juicio estrafalario pero coherente; dice así:

A Franco

*En Santiago cayó la España entera
"en tan sólo un combate, en sólo un día"...
Tras de cuarenta años ¿quién diría
que pudiese surgir altiva y fiera?...
Pero es que hija del Trueno España era,
y al testigo anunciado en profecía,
con otro que a Santiago repetía,
al fin del Mundo nuestra Patria espera.*

*Tú eres Ese, en la plaza compañero,
después de cuatro días insepulto,
del que aquí no nombrar debo ni quiero...*

*Sufriendo del baldón y del insulto;
de Santiago también, testigo oculto,
y en el "Nuncio" cual loco prisionero.*²⁴²

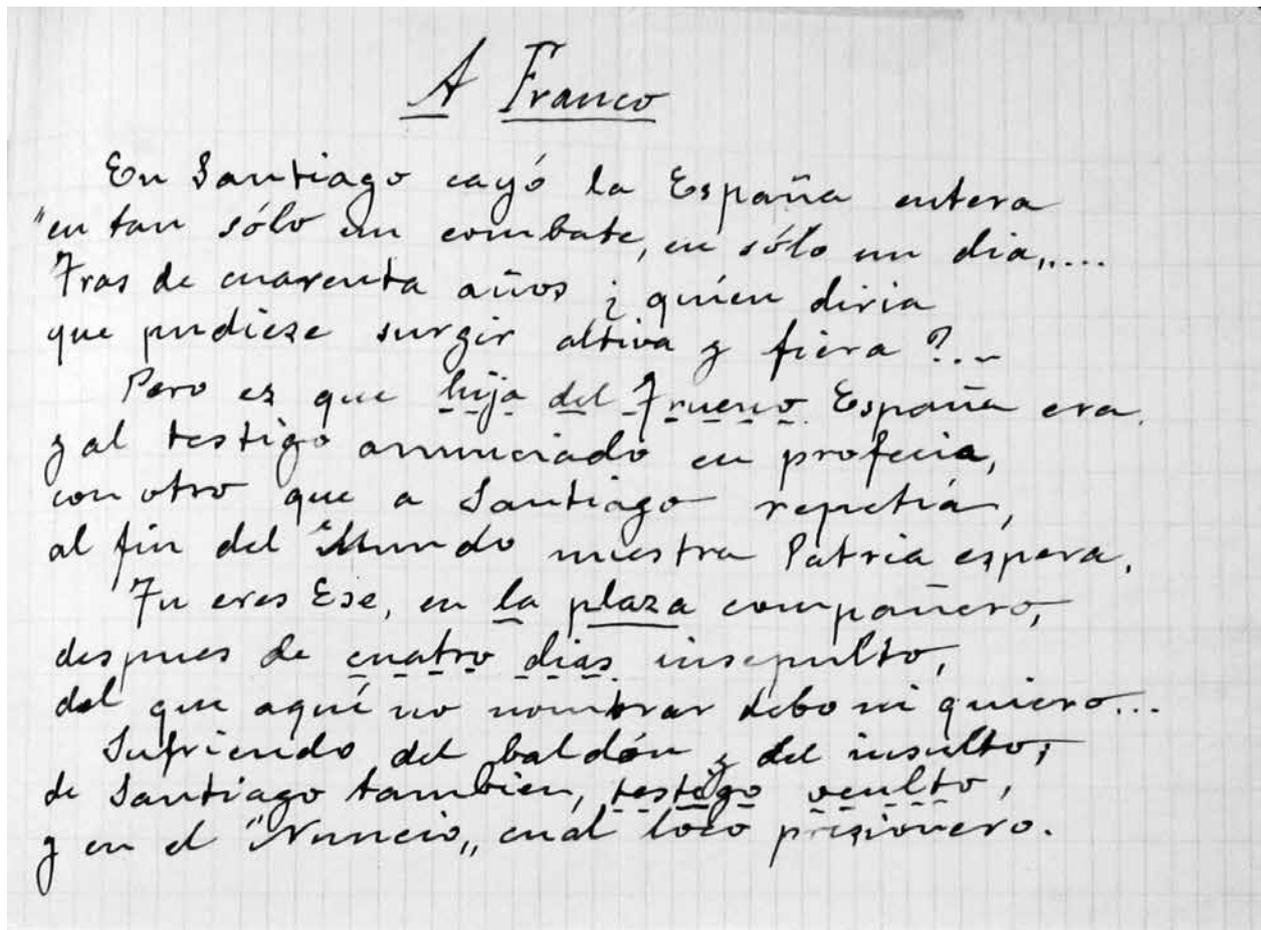
Su devoción santiaguista le llevó en peregrinación a Uclés, en 1934, y a Santiago de Compostela, en 1935²⁴³, segunda de sus visitas a la tumba del apóstol; y aún proyectaba una tercera para el 23 de julio de 1939, "aniversario de la fecha en que hace tres años los rojos me perdonaron aquí la vida... (milagro que atribuyo a mi Señor Santiago)"²⁴⁴. Estas noticias nos hacen sospechar que, muy probablemente, su ideología política, dentro de un posibilismo republicano, era confusa. ¿Estuvo en Uclés el 27 de mayo de 1934, con motivo de la gran concentración convocada por las Juventudes de Acción Popular, a la que asistió José María Gil Robles? Las mismas juventudes cedistas organizaron, el 1 de septiembre de 1935, otra concentración, en Santiago de Compostela, a la que también asistió "el jefe". No he hallado ninguna otra referencia a un posible intento de asesinarlo el 23 de julio de 1936, fecha en la que asegura que le perdonaron la vida; ese día murieron asesinados en Toledo nueve clérigos, en diferentes lugares de la ciudad²⁴⁵. La carta al arzobispo compostelano contiene otro detalle curioso: don Ventura, que había coincidido con el prelado en Sevilla cuando éste era allí párroco, le había mandado a Santiago "cierto telegrama molesto [...] *en latín*", del que le pide perdón: "conste que toda mi actuación, equivocada o no, respecto de nuestro Apóstol, no tuvo jamás otro objeto que "levantar a España"²⁴⁶.

Hay en el expediente de don Ventura algunos otros papeles curiosos. Así, una carta al cardenal Segura, arzobispo de Sevilla, que había sido su prelado en Toledo hasta el otoño de 1931, en la que le "reitera" su deseo de trasladarse "a esa Ciudad (pues en ésta no quiero estar)" y se declara "Dado de alta en este Hospital", lo que no era, desde luego, cierto²⁴⁷. En otro escrito, ordena que "caso de mi fallecimiento en este Hospital de Dementes", la comunidad de religiosas del mismo distribuya los atrasos que dice se le debían como profesor excedente de religión entre los conventos de monjas de clausura de la ciudad²⁴⁸; también deseaba que los atrasos de su capellanía colativa de san Eugenio, en la catedral, fuesen enviados al Papa para que los emplease en la proyectada iglesia de

san Eugenio, en Roma²⁴⁹. Entre todo, resulta relevante la carta a un "Amigo Antonio"²⁵⁰, en la que alude a una de sus tenaces obsesiones²⁵¹: "Que Cardenal *in petto*, como sabe muy bien el Papa, desde el anterior Pontífice, *al fin* parece que me proclama (para que la púrpura me sirva de mortaja) por sugestión del Generalísimo, [...] la verdad es que lo que yo quiero es salvar la Iglesia, y ésta ya está salvada.../ Y nada más, sino que veas por de pronto hasta dónde mi *locura* ha llegado./ Tu padrino que te abraza *Ventura F. López*." Tal vez lo que empezó seguramente siendo una broma burda acabó pareciéndole cierto. No haber fechado la carta nos impide saber a qué Papas se refería, si a Benedicto XV y Pío XI, o a Pío XI y Pío XII²⁵². La tradición toledana ha venido insistiendo en que don Ventura llegó al extremo de proclamarse Papa; Porres, siguiendo a Téllez, da incluso el nombre que eligió, Elpidio II²⁵³. Para el atormentado anciano, ¿eran bromas

o veras? La tensión soportada durante toda su *emocionante* vida puede explicar tal vez la miocarditis crónica que padeció en sus últimos años, a consecuencia de la cual falleció, en el Nuncio, el 17 de noviembre de 1944.

Las constantes psicológicas del drama humano de Ventura F. López fueron la angustia, la violencia, el rencor, el odio, el miedo. Sobre todas ellas, y en su contra, actuó una fortísima voluntad libertaria y una fe religiosa sincera, firme y fiel. Afectivamente desamparado e indigente, no alcanzó más consuelo que la ternura de su madre y un amor propio desmesurado. Esas carencias afectivas agrandaban, si no inducían, su desequilibrio temperamental. Sólo al fin de su vida parece haber hallado descanso y, seguramente, resignación. Preguntado por el doctor Pulido: "¿Qué necesita usted para ser feliz?", respondió con humildad y con grandeza: "Nada, que se cumpla la voluntad de Dios."²⁵⁴



Manuscrito del soneto al general Franco.

Notas

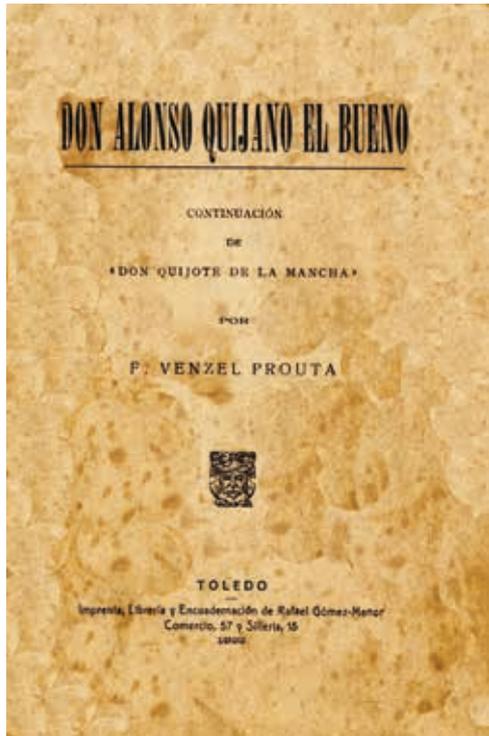
- 1 *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana*, t. XXIII, Madrid, 1924, p. 815. En lo sucesivo, me referiré a esta breve nota enciclopédica como *Reseña autobiográfica* o, simplemente, *Reseña*.
- 2 Palau y Dulcet sólo registra cuatro, una de ellas bajo el anagrama F. Venzel Prouta, y desconoce el seudónimo Juan Castrillón; ello da idea de la extremada rareza comercial de las producciones de Fernández López.
- 3 Que sepamos, sólo Julio Porres se ha acercado al estudio de personaje tan curioso: J. Porres Martín-Cleto, “Curiosidades toledanas”, *Toletvm*, 42 (2000), pp. 25-34.
- 4 *Reseña*.
- 5 *Ibid.*
- 6 Ventura F. LÓPEZ, *Libro para la cartera. Poesías (Diario de un poeta)*, Madrid, tipografía de Gregorio Estrada, 1887, p. 13.
- 7 *Reseña*.
- 8 Cit. en n. 6. El sentido del título es: *Libro para [llevar en]la cartera*.
- 9 *Reseña autobiográfica*.
- 10 Wenceslao Retana era conservador. En 1897 era diputado a Cortes por el distrito colonial de Guanabacoa. Perteneció a la Academia de la Historia.
- 11 Ventura F. LÓPEZ, *El filibustero (Novela corta filipina)*, con un apéndice por W. E. Retana, Madrid, 1893. En el lenguaje popular de la época, se llamaba filibusteros a los partidarios de la emancipación de las colonias.
- 12 Ventura FERNÁNDEZ LÓPEZ, *La religión de los antiguos indios tagalos*, Madrid, imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1894. La tirada fue de 300 ejemplares.
- 13 *La religión...*, cit., p. 17.
- 14 Ventura F. LÓPEZ, *Theologales (Sonetos)*, Madrid, imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1895. Se imprimieron 50 ejemplares.
- 15 Carta de Wenceslao E. Retana a Menéndez Pelayo (Madrid, 3 octubre 1895), enviándole algunos libros editados por la *Biblioteca filipina* (M. Menéndez Pelayo, *Epistolario*, XIII, Madrid, 1987, p. 375).
- 16 Ventura F. López, *Un sueño (Poema)*, Madrid, imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1897.
- 17 *Reseña autobiográfica*. La información suministrada es imprecisa: el cardenal Sancha no hizo su entrada solemne en la ciudad hasta el 5 de junio de 1898.
- 18 Siendo obispo de Madrid, don Ciriaco María Sancha patrocinó el periódico *El movimiento católico*.
- 19 F. VENZEL PROUTA, *Ex sotanas... sin conocer*, Barcelona, Luis Gili, 1913, p. 13.
- 20 Resulta muy significativo que don Ventura no aluda a *La aurora* en la reseña autobiográfica; es posible que no le trajese buenos recuerdos o que su ideología hubiese cambiado tanto que pretendiera hacer olvidar la que había tenido antes.
- 21 *La aurora*, 24 (10 octubre 1898), p. 2.
- 22 “¡Loor a la marina!”, suelto anónimo, pero escrito por Ventura F. López, *La aurora*, 1 (14 septiembre 1898), p. 1.
- 23 *La aurora*, 7 (20 septiembre 1898), p. 1. El sentido regeneracionista de la palabra “aurora”, tan elemental como metáfora política, llegó lejos; todavía en 1913, otro sincero regeneracionista, Antonio Machado, en su “Elogio” al libro *Castilla de Azorín*, invitaba a oír “cantar los gallos de la aurora” española.
- 24 “Ni Puerto Rico es tan rico...”, editorial, *La aurora*, 32 (19 octubre 1898), p. 1.
- 25 “El ministerio de Ultramar”, editorial, *La aurora*, 11 (24 septiembre 1898), p. 1.
- 26 “con el símbolo de LA AURORA aspiramos a la regeneración por el amor divino.” (*La aurora*, 12 (26 septiembre 1898), p. 3). En el número 31 (18 octubre 1898), p. 2, *La aurora* se declara periódico católico.
- 27 “el anarquismo, que es el término adonde, dada la naturaleza humana, conduce necesariamente el liberalismo, aun el más moderado.” (*La aurora*, 19 (4 octubre 1898), p. 4). Sobre los peligros del anarquismo trata el editorial del número 4 (17 septiembre 1898), p. 1.
- 28 “Nuevo ultimatum americano”, editorial, *La aurora*, 37 (25 octubre 1898), p. 1.
- 29 “La censura”, editorial, *La aurora*, 30 (17 octubre 1898), p. 1.
- 30 *Ibid.*, p. 2.
- 31 “El servicio militar”, editorial, *La aurora*, 12 (26 septiembre 1898), pp. 1 y 2.
- 32 [anónimo], “El Papa y la democracia”, *La aurora*, 37 (25 octubre 1898), pp. 2 y 3.
- 33 V. [Ventura F. López], “Rifirrafe”, *La aurora*, 2 (15 septiembre 1898), p. 1.
- 34 “Advertencia” [con la que se cierra, a modo de despedida, el último número del periódico], *La aurora*, 42 (31 octubre 1898), p. 4.
- 35 *La aurora*, 1 (14 septiembre 1898), p. 2.
- 36 “Rifirrafe”, *La aurora*, 3 (16 septiembre 1898), p. 2. Hay indicios de animadversión contra *La aurora* por parte del periódico *El día de Toledo*, pero son leves. Ventura F. López alude a ellos en el poemilla “¡Desconsuelo!”, “¡Qué poco dura la aurora/ con su inocente alegría!/ Nace, y no pasa una hora,/ sin que la marchite el día...” (*La aurora*, 5 (18 septiembre 1898), p. 1).
- 37 “Rifirrafe”, *La aurora*, 28 (14 octubre 1898), p. 3.
- 38 Juan MORALEDA, “Toledo”, *La aurora*, 34 (21 octubre 1898), pp. 3 y 4.
- 39 Citado en n. 24.
- 40 *Leopoldini* [seud.], “Locura afectiva (Consideraciones científicas)”, *La aurora*, 20 (5 octubre 1898), pp. 1 y s.
- 41 *Rehilete*, “Plaza de toros de Toledo”, *La aurora*, 36 (24 octubre 1898), pp. 3 y 4. En el número 19, Fernández López había manifestado su antipatía *regeneracionista* por la fiesta de toros (*La aurora*, 19 (4 octubre 1898), p. 3).
- 42 Doña Chóleng y su hija Trini pudieran ser un precedente de doña Simona y su hija Asia; el novio de Trini, Ricardo Nogales, “niñongo, sin oficio ni beneficio”, nos hace recordar a Serafinito, el novio de Asia.
- 43 Ventura F. LÓPEZ, *Homenaje a Toledo con motivo de la traslación de los restos de Garcilaso de la Vega*, Toledo, Viuda e hijos de J. Peláez, 1900. El opúsculo está dedicado al entonces alcalde de Toledo, Lucio Duque e Isunza.
- 44 *Homenaje...*, cit., p. 9. Me ocupé de este tópico literario en mi artículo “Toledo como tema poético”, *Archivo secreto*, 3 (2006), pp. 309-311.

- 45 Ventura F. LÓPEZ, *La rota (Canto épico)*, Toledo, Viuda e hijos de J. Peláez, 1901.
- 46 “Sufrió la patria la mayor de sus desgracias en la memorable rota de Ocaña.”
- 47 Ventura F. LÓPEZ, *La rota*, cit., p. 11.
- 48 *Ibid.*, p. 28.
- 49 *Reseña*.
- 50 En 1913, aún se consideraba *tradicionalista* (F. Venzel Prouta, *Defensa de la Compañía de Jesús*, Barcelona, 1913, p. 35). Sobre la ideología carlista de Ventura F. López recogí hace muchos años el testimonio de doña Petra Miedes Lajusticia, licenciada en farmacia, que lo recordaba visitando su casa y hablando largamente con su padre, el droguero Mariano Miedes, también carlista y muy religioso. Según doña Petra, Ventura F. López era de temperamento exaltado.
- 51 Ventura FERNÁNDEZ LÓPEZ [sic], *La navegación aérea. Memoria y explicación del autómata volante*, Toledo, Viuda e hijos de J. Peláez, 1903, 6 pp.
- 52 V. F. L. [sic], *Don Quijote y su escudero. Adaptación episódico-sintética de la obra de Cervantes Don Quijote de la Mancha a la escena*, Toledo, Viuda e hijos de J. Peláez, s. a. [pero 1905]. El autor firma la dedicatoria en su forma acostumbrada, Ventura F. López. Este opúsculo aparece mal citado en casi todas las bibliografías.
- 53 F. VENZEL PROUTA, *Ex sotanas...*, cit., p. 21.
- 54 Pero no hay que descartar alguna clase de recelo —o incluso desavenencia— del cardenal Aguirre, que substituyó a Sancha en la sede toledana.
- 55 Archivo General de la Administración (en adelante, AGA), Educación, 32/8.144, expediente 10. La plaza era en propiedad y el sueldo anual, de mil pesetas, que fueron mil quinientas a partir del 1 de enero de 1911.
- 56 AGA, exp. cit. El general Weyler mandó la capitania general de Filipinas entre junio de 1888 y noviembre de 1891.
- 57 Ventura F. LÓPEZ, “El general Weyler”, *Nuevo mundo*, 839 (3 febrero 1910), s. p.
- 58 Admirador apasionado del ejército, en unos años de creciente antimilitarismo, don Ventura parece haber estado bien relacionado con los círculos militares de Toledo; en otro de sus artículos en *Nuevo mundo* se declara “buen amigo” del coronel Villalba Riquelme, director de la Academia de infantería (Ventura F. López, “Cervantes en infantería”, *Nuevo mundo*, 858 (16 junio 1910), s. p.)
- 59 La asignatura de Religión era de matrícula voluntaria y su profesor ejercía como anejo el cargo de capellán del instituto.
- 60 AGA, exp. cit.
- 61 *Ibid.*
- 62 *Ibid.*
- 63 *Ibid.*
- 64 *Ibid.*
- 65 *Ibid.*
- 66 Juan CASTRILLÓN [seud.], *La Argamasilla de Toledo*, Toledo, Viuda e hijos de J. Peláez, 1918, p. 4.
- 67 En el expediente del AGA, se conserva mecanografiada la *Memoria que acerca del “Rito mozárabe y relaciones de la primitiva Iglesia española con Roma”* presentó don Ventura. Se había ocupado brevemente del tema, y con acierto, en uno de los artículos de la serie “Toledo, a través de los siglos”: *Por esos mundos*, 164 (septiembre 1908), p. 231.
- 68 El oficio de denegación, firmado por el secretario de la Junta, José Castillejo, se conserva en AGA, exp. cit.
- 69 *Actas del XXII Congreso Eucarístico Internacional*, t. II, Madrid, 1912, p. 527.
- 70 F. VENZEL PROUTA, *Defensa de la Compañía de Jesús. Impresiones del libro del P. Mir sobre un lector imparcial*, Barcelona, Luis Gili, 1913. La edición fue sufragada por el autor (*vid.* pp. 7 y 18 n.)
- 71 Miguel MIR, *Historia interna documentada de la Compañía de Jesús*, Madrid, Ratés, 1913.
- 72 F. VENZEL PROUTA, *Ex sotanas... sin conocer*, Barcelona, Luis Gili, 1913.
- 73 *Ibid.*, p. 8.
- 74 Les llama “apóstatas” en varias ocasiones (por ejemplo, en pp. 30 y 33).
- 75 Ventura F. LÓPEZ, *Arqueología y bellas artes. Apuntes para uso de institutos, seminarios y colegios de segunda enseñanza*, Barcelona, Luis Gili, 1914. El libro, publicado con licencia eclesiástica, está dedicado a don Victoriano Guisasola, arzobispo electo de Toledo. En la portada, el autor se titula “Profesor de la asignatura [?] en el instituto de Figueras”.
- 76 *Ibid.*, p. 7.
- 77 *Ibid.*, pp. 78-80, y otras muchas.
- 78 *Ibid.*, p. 32 n.
- 79 *Ibid.*, p. 33 n.
- 80 Archivo Municipal de Toledo [en adelante, AMT], Fondo Histórico, caja 5139, *Padrón de los individuos sujetos al impuesto de cédulas personales*, año 1915, ff. 91 v y 92 r.
- 81 *Arqueología y bellas artes*, cit., pp. 18, 26 y 108. La hipótesis estaba ya madura en 1908, así como la atribución de la sede de la primitiva catedral cristiana, la visigoda, al templo de san Román: “Nosotros seguimos sosteniendo [...] que la población civil romana estaba en la Vega, y en el Circo el primitivo palacio de los reyes godos con su basílica de Santa Leocadia.” (Ventura F. López, “Toledo, a través de los siglos” [continuación], *Por esos mundos*, 165 (octubre 1908), pp. 340-343).
- 82 *Arqueología y bellas artes*, cit., p. 78.
- 83 Oficio del subsecretario del ministerio de Instrucción pública a Ventura Fernández López (Madrid, 9 noviembre 1914), comunicándole la Real orden por la que se le autorizaba a practicar excavaciones en el circo romano de Toledo (AMT, *Negociado 1º*).
- 84 Comunicaciones de Ventura F. López al ayuntamiento de Toledo, 19 noviembre y 1 diciembre 1914 (AMT, *Negociado 1º*).
- 85 El informe tiene fecha de 14 diciembre 1914 (AMT, *Negociado* citado).
- 86 Oficio del ayuntamiento a Ventura F. López, 31 diciembre 1914 (AMT, *Negociado* citado).
- 87 Comunicación de Ventura F. López al alcalde de Toledo, 20 enero 1915 (AMT, *Negociado* cit.)
- 88 Ventura F. López al alcalde de Toledo, 27 mayo 1915. Acompaña a la comunicación un croquis con la situación de los cinco enterramientos hallados (AMT, *Negociado* cit.)
- 89 Sesión municipal de 31 mayo 1915; copia del acta (AMT, *Negociado* cit.) Se le notificó el 20 de junio (*ibid.*)

- 90 “Lápida mozarabe”, *La hormiga de oro. Ilustración católica*, XXXII, 13 (27 marzo 1915), p. 203. Hallé la referencia de esta fotografía en : Lorenzo Andrial Román, “Aproximación biográfica”, *Pedro Román Martínez. Toledo, fotografía y pintura*, Toledo, 2008, p. 38 n. Sobre este descubrimiento, Ventura F. López publicó un artículo en la prensa local: “Lápida mozarabe encontrada en el Circo Romano”, *El eco toledano*, 29 abril 1915 (citado por Mariano Maroto Garrido, *Fuentes documentales para el estudio de la arqueología en la provincia de Toledo*, Toledo, 1991, p. 192).
- 91 Ventura F. LÓPEZ, *Las basílicas de los concilios toledanos. Su reconstrucción sobre las ruinas de la Vega baja*, Toledo, Viuda e hijos de J. Peláez, s. a. [pero 1915], 8 pp. más 2 láms.
- 92 *Ibid.*, p. 1. Insiste en esa idea en su artículo “La catedral primitiva”, *El castellano*, 2.043 (31 marzo 1916), p. 2. Vuelve sobre lo mismo en “La Santa Cruz”, *El castellano*, 2.333 (21 marzo 1917), p. 2 y “La Semana Santa en la iglesia goda”, *El castellano*, 2.346 (5 abril 1917), pp. 6 y 7.
- 93 En esos años, la afición arqueológica se había desarrollado notablemente en la ciudad. Fruto de ella fue la refundación, en 1899, de la Sociedad Arqueológica de Toledo. La primitiva Sociedad, creada en 1883, había iniciado trabajos de excavación en el circo romano en 1885. Sobre este tema publicaron interesantes artículos J. P. Muñoz Herrera y G. Díaz Díaz en el número 1 de *Archivo Secreto*.
- 94 Ventura F. López, *Las basílicas...*, cit., p. 2.
- 95 *Ibid.*, p. 7.
- 96 Ventura F. López al alcalde de Toledo [Filiberto Lozoya], 29 octubre 1915 (AMT, Negociado cit.)
- 97 Gobernador civil al alcalde de Toledo, 10 noviembre 1915 (*ibid.*)
- 98 Ventura F. LÓPEZ, “El sepulcro de Chintila”, *El castellano*, 2.047 (5 abril 1916), p. 2.
- 99 Ventura F. LÓPEZ, “Mirando al pasado”, *El castellano*, 2.039 (27 marzo 1916), p. 3.
- 100 Ventura F. LÓPEZ, “Otro monumento”, *El castellano*, 2.339 (28 marzo 1917), p. 1.
- 101 Ventura F. LÓPEZ, “Nuevo descubrimiento”, *El castellano*, 2.102 (12 junio 1916), p. 1. El artículo se reprodujo en *Toledo. Revista semanal de arte*, 47 (18 junio 1916), p. 376.
- 102 Ventura F. LÓPEZ, “La lápida de Calabazas”, *El castellano*, 2.105 (15 junio 1916), p. 1.
- 103 Rodrigo Amador de los Ríos, carta a don Manuel Tovar, publicada en *El castellano*, 2.286 (24 enero 1917), p. 2.
- 104 Ventura F. LÓPEZ, “A propósito de una lápida. Otra carta”, *El castellano*, 2.287 (25 enero 1917), p. 2.
- 105 Ventura F. López al alcalde de Toledo, 26 diciembre 1916 (AMT, *Negociado 1º*).
- 106 Oficio del secretario del gobierno civil al alcalde, 30 enero 1917 (*ibid.*)
- 107 El alcalde de Toledo al gobernador civil, 1 febrero 1917 (*ibid.*)
- 108 “Notable descubrimiento”, *Toledo. Revista ilustrada de arte*, 71 (16 abril 1917), p. 1.
- 109 Ventura F. LÓPEZ, “Los godos resucitan”, *El castellano*, 2.347 (9 abril 1917), p. 2. El artículo se reprodujo en la revista *Toledo*, núm. 71, cit., pp. 1 y 2.
- 110 “Los godos resucitan”, cit.
- 111 M. Jorge de ARAGONESES, *Museo arqueológico de Toledo*, 2ª ed., Madrid, 1958, pp. 79 y s. Sigo aquí a Porres, art. cit., p. 30.
- 112 Mariano MAROTO GARRIDO, *Fuentes documentales...*, cit., p. 143. Véase exp. 2/1920 en la caja 8117 del AMT.
- 113 Sobre Ramírez de Arellano (1854-1921) versó el discurso de ingreso de don Mario Arellano en la academia toledana: “Biografía de D. Rafael Ramírez de Arellano y Díaz de Morales”, *Toletvm*, 17 (1985), pp. 51-106.
- 114 R. RAMÍREZ DE ARELLANO, *Al derredor de la virgen del Prado, patrona de Ciudad Real*, Ciudad Real, imprenta del Hospicio provincial, 1914.
- 115 Guardo en mi biblioteca este ejemplar, que compré siendo aún niño, en 1959, en el remate final del escaso patrimonio de don Ventura, al que llegué ya tarde: de sus opúsculos no quedaba ni rastro; se habían ido usando, con toda probabilidad, para hacer lumbre en el fogón. Compré, además del libro de Ramírez de Arellano, un volumen de *Poesías* de Zorrilla, dos tomos de *El renegado*, del vizconde de Arlincourt, en la romántica edición madrileña de 1825, varios tomos de la revista *La ilustración ibérica*, otros varios de *Mundo gráfico*, un volumen de láminas de carpintería industrial (*El carpintero moderno*), el *Compendio de Toledo en la mano*, de Parro, la novela *La guarida del diablo*, de Eugenio Sue, en la segunda edición española (Madrid, 1853), *La dama del armiño*, de Fernández Ardavín, y algunos otros; también, varias tarjetas postales dirigidas a él (destaco una: la que le envió desde Oporto, escrita en español, el erudito portugués Augusto Tavares).
- 116 Ventura F. LÓPEZ, “Otro monumento”, *El castellano*, 2.339 (28 marzo 1917), pp. 1 y 2.
- 117 Juan CASTRILLÓN [seud.], *La Argamasilla de Toledo*, cit. Ya había usado ese seudónimo con anterioridad: Juan Castrillón, “La novela de Toledo (Memorias de un aparecido del siglo XVI)”, *Por esos mundos*, 175 (agosto 1909), pp. 107-112. Como una simple conjetura, enunció la posibilidad de que el seudónimo “Juan Castrillón” le fuera sugerido por el profesor del notable arqueólogo y sacerdote Juan López Castrillón, recuperador durante muchos años en el seminario de León.
- 118 *Ibid.*, p. 2.
- 119 *Ibid.*
- 120 *Ibid.*, p. 3.
- 121 *Ibid.*, p. 5.
- 122 *Ibid.*, p. 11.
- 123 J. A. del VAL, “Un lógico y matemático español del siglo XIX: Ventura Reyes y Prósper”, *Revista de Occidente*, 2ª ép., 35 (febrero 1966), p. 260 n. No he conseguido ver esta carta, de la que Del Val no indica fecha; todo el contexto me hace suponer que fue escrita en 1918.
- 124 Me ocupé de este episodio en mi libro *Ventura Reyes Prósper*, Badajoz, 1991, pp. 151-154, y, con mayor información, en el artículo “Ventura Reyes Prósper”, incluido en el libro colectivo *Biografías y semblanzas de profesores. Instituto “El Greco” de Toledo (1845-1995)*, Toledo, 1999, p. 218.
- 125 Ventura F. LÓPEZ, *Ex sotanas... sin conocer*, cit., p. 15. *La catedral* está fechada en agosto-septiembre de 1903. Todo lo que sabemos hace pensar que Ventura F. López y Blasco Ibáñez simpatizaron. Pero, pocos años antes, el impetuoso don Ventura había escrito de Blasco: “ese licenciado de presidio, que ni siquiera el mérito de la originalidad tiene” (*La aurora*, 39 (27 octubre 1898), p. 1).
- 126 En alguna ocasión me he referido a uno de ellos: J. Cobo, *Ventura Reyes Prósper*, cit., pp. 79 y s.

- 127 V. BLASCO IBÁÑEZ, *La catedral*, Valencia, ed. Prometeo, 1919, p. 237. Su virulento simplismo y su absoluta incomprensión de los fenómenos religiosos se comprueban en numerosos pasajes de la novela; cf., por ejemplo, p. 224.
- 128 *Ex sotanas...*, cit., p. 15. Cf. *La catedral*, ed. cit., pp. 271 y s. Monescillo comenzó a recibir las órdenes sagradas en septiembre de 1833 (Rafael María Sanz de Diego, *Medio siglo de relaciones Iglesia-Estado: El cardenal Antolín Monescillo y Viso (1811-1897)*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 1979, p. 7).
- 129 *Ex sotanas...*, cit., pp. 17 y s. Julián Besteiro fue catedrático del instituto de Toledo desde 1898 a 1912. Su trato con Ventura F. López está confirmado por Félix Urabayen: *Toledo la despojada*, Madrid, 1924, p. 38.
- 130 *La catedral*, ed. cit., p. 25.
- 131 *Ibid.*, pp. 175, 176 y 225.
- 132 “Reyes Prósper, personaje de Urabayen”, en *Homenaje a Fernando Jiménez de Gregorio*, Toledo, 1988, pp. 321-339; “Eloy Luis André y la cultura alemana”, *Alminar*, 4 (1996), pp. 17-60.
- 133 F. URABAYEN, *Toledo la despojada*, Madrid, Calpe, 1924.
- 134 *Ibid.*, p. 38.
- 135 *Ibid.*
- 136 *Ibid.*, pp. 37 y s.
- 137 *Ibid.*, p. 39.
- 138 *Ibid.*, p. 41.
- 139 *Ibid.*, p. 43. Su madre, Carmen López, murió el 21 de abril de 1917, de pulmonía.
- 140 *Ibid.*, p. 45.
- 141 *Ibid.*, p. 39.
- 142 *Ibid.*
- 143 *Ibid.*, p. 46.
- 144 *Ibid.*, p. 124.
- 145 *Ibid.*, p. 42.
- 146 *Ibid.*, p. 43.
- 147 *Ibid.*, p. 47.
- 148 *Ibid.*, p. 49.
- 149 *Ibid.*, p. 47.
- 150 Este intervalo se compagina mal, por prematuro, con el sentido de las frases citadas, en las que el escritor se ha dejado llevar, seguramente, por una intuición excesiva. No obstante, la relación debió de ser cierta y es muy probable que don Ventura presumiese de ella. Monseñor Della Chiesa fue secretario de Estado entre 1901 y 1907, y Papa, desde 1914 a 1922.
- 151 *Toledo la despojada*, cit., p. 164.
- 152 *Ibid.*, p. 250.
- 153 F. URABAYEN, *Don Amor volvió a Toledo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936.
- 154 *Ibid.*, pp. 43-50.
- 155 F. NAVARRO LEDESMA, *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, 1905.
- 156 Citado en n. 58.
- 157 H. GONZÁLEZ, “Miguel de Cervantes, soldado de infantería”, publicado en dos partes: *El castellano*, 2.061 (22 abril 1916), pp. 1 y 2, y 2.062 (24 abril 1916), pp. 1 y 2.
- 158 Ventura F. LÓPEZ, “El *Quijote* no es de Cervantes”, *El castellano*, 2.065 (28 abril 1916), p. 2.
- 159 *Ibid.* Está claro el deseo neurótico de identificación con Cervantes.
- 160 *Ibid.*
- 161 Ventura F. LÓPEZ, “El *Quijote* no es de Cervantes”, *El castellano*, 2.068 (2 mayo 1916), p. 2.
- 162 *Ibid.*
- 163 Ventura F. LÓPEZ, “Cide Hamete Benengeli”, *El castellano*, 2.069 (3 mayo 1916), p. 2.
- 164 En realidad, la figura de don Quijote habría sido el fruto de un triple resentimiento: de los moriscos, de los toledanos y de Cervantes (V. F. López, “Don *Quijote* en Toledo”, *El castellano*, 2.080 (16 mayo 1916), pp. 1 y 2).
- 165 “Cide Hamete Benengeli”, cit.
- 166 Ventura F. LÓPEZ, “El retrato de Cervantes”, *El castellano*, 2.070 (4 mayo 1916), p. 2.
- 167 Ventura F. LÓPEZ, “La Reforma en el *Quijote*”, *El castellano*, 2.072 (6 mayo 1916), p. 2.
- 168 En realidad, Ventura F. López propugnó la *caballería* del espíritu, creyó en el carácter caballeresco de la inteligencia y entendió al intelectual, al artista y al santo como caballeros.
- 169 Ventura F. LÓPEZ, “El alma de Don *Quijote*”, *El castellano*, 2.075 (10 mayo 1916), p. 2. Insiste en “Don *Quijote*, caballero de las Órdenes”, *El castellano*, 2.100 (9 junio 1916), p. 1.
- 170 Ventura F. LÓPEZ, “Actualidad del *Quijote*”, *El castellano*, 2.074 (9 mayo 1916), p. 2.
- 171 Ventura F. LÓPEZ, “La profecía de Don *Quijote*”, *El castellano*, 2.101 (10 junio 1916), pp. 1 y 2.
- 172 Ventura F. LÓPEZ, “San Pedro reina”, *El castellano*, 2.115 (28 junio 1916), p. 2.
- 173 *Ibid.* Lo que en realidad le entusiasmaba del pueblo alemán era su moral, “severa y depurada”, en la que vio la garantía de la fortaleza de la raza (V. F. López, “De Cuaresma”, *El castellano*, 2.317 (1 marzo 1917), p. 2).
- 174 “San Pedro reina”, cit.
- 175 Ventura F. LÓPEZ, “¡La paz!”, *El castellano*, 2.139 (28 julio 1916), p. 1.
- 176 Ventura F. LÓPEZ, “Cervantes en Toledo”, *El castellano*, 2.086, 2.088, 2.089, 2.092, 2.093, 2.096 (23, 25, 26, 30 y 31 mayo, 5 junio 1916), todos p. 1.
- 177 Citado en n. 114. La anotación está al pie de las pp. 208 y s.
- 178 Ventura F. LÓPEZ, *El linaje de “Don Quijote”. Documento cervantino inédito*, Toledo, sucesor de J. Peláez, 1922.
- 179 F. VENZEL PROUTA, *Don Alonso Quijano el Bueno. Continuación de “Don Quijote de la Mancha”*, Toledo, imprenta de Rafael Gómez Menor, 1922. Está dedicada “Al marqués de Torresoto, mentor de altas empresas, en Jerez de la Frontera.”
- 180 Don Ventura tenía intención de proseguir la historia; en la contracubierta de la novelita, se anuncia: “En preparación/ *El nuevo Quijote*/ Aventuras de un inglés y un jerezano/ por Extremadura.” O no lo hizo, o no lo pudo publicar.

- 181 “Pero la obra que él más aprecia es la fundación de los *Caballeros Guzmanes*, resurrección de los del Santo Grial, que cuenta con afiliados en varias poblaciones de España, principalmente en Jerez de la Frontera.” (*Reseña autobiográfica*). Se trataba, en realidad, de una refundación, con el carácter de reivindicación foral castellana. Según él, la primitiva *comunidad de homes buenos* había sido fundada, en Toledo, por el arzobispo don Rodrigo y por santo Domingo de Guzmán (Ventura F. López, *Clave de “El entierro del conde de Orgaz”*, Toledo, 1930, p. 4).
- 182 Ventura F. LÓPEZ, “Los terciarios de Santo Domingo”, *El castellano*, 2.174 (7 septiembre 1916), p. 1. Véase también *El castellano*, 2.145 (4 agosto 1916), p. 1, y 2.176 (9 septiembre 1916), p. 1.
- 183 Ventura F. LÓPEZ [firmado al final], *Santo Domingo canónigo de Toledo y sus dueñas o canonesas*, Toledo, Editorial católica toledana, 1920, 16 pp.
- 184 *Boletín oficial de la provincia de Toledo*, 135 (23 agosto 1898), p. 3.
- 185 El personaje femenino de *Toledo la despojada*, doña Luz, matrona de carnes otoñales y opulentas, que simboliza a la ciudad de Toledo, está inspirado, en parte, en doña Saleta Cabrero.
- 186 AMT, Fondo Histórico, caja 3523. A don José van-den-Brule dedicó Fernández López su opúsculo *Clave de “El entierro del conde de Orgaz”*, cit. en n. 181.
- 187 La matrícula del coche era TO-320 (AMT, Fondo Histórico, caja 3599). El alcalde van-den-Brule ha sido estudiado cariñosamente por Enrique Sánchez Lubián: “Van den-Brule, el alcalde de la concordia (1930-1931)”, *Archivo Secreto*, 4 (2008), pp. 126-150.
- 188 Ventura F. LÓPEZ, “Una caricatura de Cervantes”, *El sol*, 1.370 (29 diciembre 1921), p. 1; con un dibujo de la inscripción (un *vitor*) y de la pretendida caricatura hecho por Pablo Vera Sales.
- 189 Ventura F. LÓPEZ, “La casa de Cervantes, en Toledo”, *El sol*, 1.390 (21 enero 1922), p. 3; con un dibujo “de la casa en cuestión, con el retrato de espaldas del clérigo, su descubridor.” (*Don Alonso Quijano el Bueno*, cit., p. 94 n.)
- 190 Ventura F. LÓPEZ, “Margarita la tornera (Milagro comprobado)”, escrito en octubre de 1922 y publicado en *El siglo futuro*.
- 191 Se anunció su provisión por concurso en la *Gaceta de Madrid* (en adelante, *GM*), núm. 83 (24 marzo 1923), p. 1.026.
- 192 *GM*, núm. 150 (30 mayo 1923), p. 843. Su sueldo anual era de 2.500 pesetas.
- 193 Ventura F. López [firmado al final], *El templo de Melkart en Toledo*, Toledo, imprenta de Justo Torres, 1929, pp. 3 y 4.
- 194 *GM*, núm. 198 (17 julio 1926), p. 386.
- 195 *El templo de Melkart...*, cit., p. 4.
- 196 *El proceso del “Quijote” (Nuevos documentos)*, Toledo, establecimiento tipográfico de A. Medina, 1925, 14 pp.; *La Argamasilla de Cervantes (Más testimonios)*, Toledo, establecimiento tipográfico de A. Medina, 1926, 11 pp.
- 197 Ventura F. López había leído con atención todas las obras de Cervantes y conocía bastante bien la enmarañada producción cervantista de su tiempo; también había leído, a conciencia, el *Quijote* apócrifo.
- 198 Ventura F. LÓPEZ, *El proceso del “Quijote”*, cit., p. 5 n.
- 199 “Desde el año pasado tenemos entregado a la Casa Calpe parte de los Comentarios a esa obra. Si algún día se publican, se verá cómo es la retractación de Cervantes de todo lo que dice en el *Quijote*.” (Ventura F. López, *La Argamasilla de Cervantes*, cit., p. 4 n.)
- 200 *El proceso...*, cit., p. 13.
- 201 *Ibid.*, p. 14.
- 202 A quien identifica, a su vez, con el “boticario toledano que hablaba como un silguero”, a quien se refiere Sancho en el capítulo XXXVII de la segunda parte del *Quijote*.
- 203 Ventura F. LÓPEZ, *Colón, toledano (Misterio aclarado)*, Toledo, establecimiento tipográfico de A. Medina, 1927, 12 pp.
- 204 Ventura F. LÓPEZ, *Colón, toledano (Misterio aclarado)*, Madrid, Francisco Beltrán, s.a. [pero fechado en el prólogo: enero 1928], talleres tipográficos de A. Medina, Toledo, 31 pp. y 4 láms.
- 205 *Colón, toledano*, ed. de 1928, cit., p. 7.
- 206 *Ibid.*, p. 23.
- 207 [firmado al final: Ventura F. López], *El templo de Melkart en Toledo*, Toledo, imprenta de Justo Torres, s. a. [fecha al final: septiembre 1929], 8 pp. Las citas anteriores en pp. 3 y 6.
- 208 *Ibid.*, p. 8.
- 209 Alfonso REY PASTOR, *El circo romano de Toledo*, Toledo, imprenta de A. Medina, 1932.
- 210 Ventura F. LÓPEZ, *Clave de “El entierro del conde de Orgaz”, cuadro del Greco*, Toledo, imprenta de Justo Torres, 1930, 6 pp. Está fechado al final: “Toledo-Mayo-1930”. Porres cita una segunda edición “en la misma imprenta” (art. cit., p. 34). También: Ventura F. López, *Identificación de los personajes del “Entierro del conde de Orgaz”*, Toledo, imprenta de Torres, s.a. [1930], 1 folio.
- 211 Ventura F. LÓPEZ, *Clave de...*, cit., p. 4.
- 212 *Ibid.*, p. 6.
- 213 Ventura F. LÓPEZ, *Identificación de los personajes...*, cit., recto.
- 214 Formentor [Antonio Weyler], “La “traza” de un famoso cuadro”, *Informaciones*, 5 junio 1930. El seudónimo alude posiblemente al origen mallorquín de la familia Weyler.
- 215 Ventura F. López, aludido en su artículo por Formentor, envió a la prensa un comunicado aclarando su posición (*El castellano*, 6.601 (7 junio 1930), p. 4).
- 216 Teerre [Tomás Rodríguez Bolonio], “La identificación de los personajes del “Entierro”. Lo que dice don Francisco de B. San Román”, *El castellano*, 6.603 (10 junio 1930), p. 1.
- 217 *Ibid.*
- 218 Ventura F. LÓPEZ, “Dos palabras”, *El castellano*, 6.604 (11 junio 1930), p. 1.
- 219 Citado por José María Jover Zamora, en: Ubieto, Reglá, Jover, Seco, *Introducción a la historia de España*, 7ª ed., Barcelona, 1970, p. 876.
- 220 J. PORRES, art. cit., p. 31. La frase utiliza la exageración con finalidad humorística, pero también afirmativa.
- 221 Guillermo Téllez era muy observador y tuvo buena memoria. Residió en Toledo desde 1925.
- 222 Ventura F. López a la Academia de la Historia (Toledo, 28 marzo 1934), reenviando otra (Toledo, 9 marzo 1934) dirigida al conde de Cedillo; la publica: M. Maroto Garrido, *op. cit.*, pp. 144 y s.
- 223 La idea de un monumento a Juan de Padilla en la plaza de su nombre ha sido un motivo recurrente en la mitología de la ciudad; nunca se llegó a realizar, pero con sus numerosos proyectos podría enjaretarse un libro.
- 224 El ayuntamiento accedió a lo solicitado en sesión del 10 de abril.



La instancia (mecnografiada), la certificación del acuerdo y el oficio a los solicitantes, en: AMT, "Policía urbana".

225 Orden del comandante militar de Toledo al director del manicomio provincial, 6 octubre 1936 (Archivo de la Diputación provincial de Toledo, en adelante: ADPT, "Hospital de dementes de Nuestra Señora de la Visitación", leg. 6.002, núm. 57; expediente 1.518).

226 ADPT, leg. cit., "Informe del médico director del hospital de dementes", 13 febrero 1937; citaré en lo sucesivo como "Informe médico".

227 *Ibid.*

228 *Ibid.*

229 *Ibid.*

230 Oficio del gobernador militar al director del hospital psiquiátrico, 23 febrero 1937 (ADPT, leg. cit.)

231 "Informe médico", cit.

232 *Ibid.*

233 *Ibid.*

234 Ventura F. López al cardenal [¿Isidro Gomá?], sin fecha (ADPT, leg. cit.). Gomá murió el 22 de agosto de 1940.

235 *Ibid.* También menciona la visión, aunque sin referirla, en su carta al prior de los dominicos de Ocaña, 21 septiembre 1942 (ADPT, leg. cit.)

236 Ventura F. López al arzobispo [Enrique Pla y Deniel], 27 mayo 1944 (ADPT, leg. cit.)

237 "Informe médico".

238 Carta a Francisco Franco, 19 junio 1939 (ADPT, leg. cit.)

239 Cit. en n. 45.

240 Carta a Franco, cit.

241 Ventura F. López, "A Franco", soneto; manuscrito autógrafo, 9 julio 1939 (ADPT, leg. cit.)

242 El segundo verso, entrecomillado, pertenece a *La rota*, cit., p. 11. El quinto verso parece identificar a España con el apóstol Santiago. Los dos testigos profetizados de los versos sexto y séptimo parecen ser Franco y el propio don Ventura, como confirman los versos noveno y undécimo.

243 "Informe médico".

244 Carta al arzobispo de Santiago de Compostela [Tomás Gómez Pablos], 4 julio 1939 (ADPT, leg. cit.)

245 Juan Francisco RIVERA, *La persecución religiosa en la diócesis de Toledo (1936-1939)*, t. I, 2ª ed., Toledo, 1958, pp. 74 y s.

246 Carta al arzobispo de Santiago, cit.

247 Carta a don Pedro Segura, arzobispo de Sevilla, 18 junio 1939 (ADPT, leg. cit.)

248 Escrito de 29 de junio de 1940 (ADPT, leg. cit.)

249 Carta al arzobispo de Toledo [Pla y Deniel], 1 marzo 1943 (ADPT, leg. cit.) Se sospecha su satisfacción por la coincidencia del nombre del santo titular de su capellanía y el del papa Pío XII, Eugenio Pacelli.

250 Carta a Antonio [¿Weyler?], sin fecha (ADPT, leg. cit.)

251 Cf. F. Urabayen, *Toledo la despojada*, cit., p. 250.

252 Pío XII fue elegido el 2 de marzo de 1939.

253 J. PORRES, art. cit., p. 25.

254 ADPT, leg. cit.

